

SAN JOSÉ, COSTA RICA

1923

LUNES 17 DE DICIEMBRE

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

La proclamación del imperialismo en Washington

EL viejo tema de la Doctrina Monroe fué asunto de una disertación del Secretario Hughes ante la Asociación del Foro Americano, el 30 de agosto.

No dijo nada nuevo el Secretario en relación con la materia fundamental de su discurso. Sus declaraciones fueron reiteraciones, y en este sentido tienen sin duda adicional interés porque concurren a dar fijeza, unidad y estabilidad a la definición oficial de la famosa doctrina, fuera de la definición de los hechos en la historia de su aplicación efectiva. Pero el Secretario hizo en esta ocasión declaraciones de un carácter y una audacia sin paralelo en la historia de las interpretaciones ejecutivas de las prerrogativas y preeminencias políticas de los Estados Unidos en el Continente. Las declaraciones del Secretario Hughes en Minneapolis a este respecto equivalen a la más franca e impúdica proclamación oficial del imperialismo de los Estados Unidos en América, no obstante la repudiación que el Secretario tiene el cuidado de hacer de la pretensión de «superentender los asuntos de nuestras hermanas repúblicas, de ejercer una supremacía, de considerar la extensión de nuestra autoridad más allá de nuestros dominios como el móvil de nuestra política y de hacer de nuestro poder el título del derecho en este hemisferio».

La Doctrina Monroe, según el Secretario Hughes, es una aserción del principio de seguridad nacional. Esto es por supuesto incontestable. Pero el Secretario proclama a renglón seguido el derecho de los Estados Unidos a violar este principio en los pueblos pequeños e indefensos de América. Es obvio que tal derecho no se funda ni puede fundarse sino en la fuerza bruta y que de consiguiente es insincera y contraria a la verdad y a los hechos la repudiación por el Secretario de la acusación de la opinión pública de América de que los Estados Unidos hacen

de su poder la credencial del derecho en este continente.

No hay derecho contra el derecho. El principio de seguridad nacional no es otra cosa que el principio de defensa propia, es decir, el derecho común y universal de todos los pueblos y de todos los hombres, inherente al derecho de vivir, que es el primero y la fuente de todos los derechos. El Secretario Hughes niega específicamente este derecho a las naciones americanas cuando dice: «... la Doctrina Monroe es una declaración particular que de ninguna manera agota el derecho ni la política de los Estados Unidos. Los Estados Unidos tienen derechos y obligaciones que la doctrina no define. Y en las inestables condiciones de ciertos países en la región del Caribe, ha sido necesario afirmar estos derechos y obligaciones lo mismo que los limitados principios de la Doctrina Monroe».

La manera de «afirmar» estos derechos en «ciertos países del Caribe» ha sido *ejerciéndolos*; y la manera de ejer-



cerlos ha sido invadiendo y ocupando militarmente a esos países, que no son otros que Santo Domingo y Haití. El Secretario Hughes justifica pues en nombre de los «derechos» de los Estados Unidos no definidos por la Doctrina Monroe, el crimen de 1915 y 1916 en aquellos países insulares; y estos derechos son, según su afirmación en Santo Domingo y Haití, el derecho de intervención y el derecho de conquista, que la Doctrina Monroe negó a Europa en América.

¿De dónde pueden deducir los Estados Unidos tales derechos, negados por todos los textos y solemne y repetidamente condenados y proscritos por la conciencia pública de América en los congresos internacionales americanos? Pues simplemente, de la fuerza

(Pasa a la página 195).

Los letrados y el gobierno de pueblos

UN francés, Emilio de Girardin si no me equivoco, acostumbraba a repetir que *le journalisme mène à tout... à la condition d'en sortir*, frase profundamente exacta que sería permitido definir o transformar de este modo, «un periodista llega a todas las posiciones, siempre que sepa dejar a tiempo ese oficio».

Hace unas semanas, cuando diarios de La Habana daban la noticia de que Eduardo González Manet, antiguo periodista, había sido designado para ocupar una cartera en el gabinete del gobierno actual, yo evocaba esa *boutade*, que en realidad no lo es, y hasta me decía, *in petto*, que era una ocasión excelente para aplicarla, con un poco de ironía suave, al caso de

González Manet. Pero casi al mismo tiempo, como si el nuevo Secretario de Instrucción Pública hubiera querido parar a tal pensamiento, los mismos diarios insertaban unas declaraciones suyas, de las cuales retuve estas palabras esenciales:

—Soy ante todo y sobre todo periodista. No sé si mientras sea Secretario tendré que dejar de escribir. Mas puedo asegurar que si el serlo me obligase a renunciar a la prensa, rechazaría, sin la menor vacilación, el honor de venir a este puesto.

Los que han tratado personalmente a González Manet no se han sorprendido de esta elegancia de actitud y de vocabulario. Yo le conocí de cerca hace ya algunos años, y tal vez fuí, de

cierto modo, un amigo cordial suyo, a pesar de las divergencias de planos que había entonces entre ambos. Yo tenía en aquella época tres novias, Primavera, Inexperiencia y Bohemia, ideales las tres, y de una belleza igualmente inquietadora, tanto, que sus besos valían por todo lo que, más tarde, el mundo me dió en incambiable y estricta moneda de realidad... Y él era ya, con escasas diferencias, lo que siguió siendo después: un abogado distinguido, un orador elocuente y un escritor substancioso. La oposición de nuestras edades, y el antagonismo de nuestros propósitos en la vida, no explicaban a primera vista aquella amistad, o en todo caso mis devociones por el hombre que se acercaba a su fecunda madurez cuando mi juventud apenas se delineaba. Con todo, Eduardo González Manet constituye, para mí, uno de los más agradables recuerdos de mi provincia oriental. ¿Lo confesaré en esta publicación consagrada a temas adustos? Es que en la personalidad de González Manet hay un rincón que pocos conocen, que él mismo oculta siberíticamente, porque ese aspecto es su talón de Aquiles, su parte débil en la hora de bravear el destino, pero al mismo tiempo su gran fuerza íntima, y su tesoro: es artista, es soñador, es un incorregible enamorado de la belleza humana, bajo todas sus formas. ¿Cómo, pues, al acercarse a él no podía creerse su amigo un muchacho de veinte y tantos años, que llevaba mil aves canoras en el corazón y que medía entonces el valor de los seres por la capacidad de comprensión, por la sensibilidad que demostraban ante las cosas llamadas inútiles, un verso, un paisaje, un Nocturno de Chopin?...

Yo no sé hasta dónde resulte discreto hacer esas confesiones, y me detengo en la pendiente. Tal vez sea mejor que determinados pedagogos, hoy subalternos de González Manet, sigan ignorando, mientras él sea su jefe, que el actual Secretario de Instrucción Pública cultiva de tal modo su jardín interior. Pudiera ocurrir que al saberlo se creyesen autorizados a faltarle al respeto.

Pero su caso, en relación con el periodismo cubano, con el periodismo a secas, es digno de retener nuestra atención, y debe forzarnos a un comentario. González Manet, haciendo remarcar que su triunfo es un triunfo del periodismo, y que aceptaba el puesto conservando íntegra su condición de periodista, empeña, indirectamente, el amor propio del periodismo nacional, vincula, estrechamente, los prestigios de esa profesión a los éxitos gubernamentales del Secretario de Instrucción Pública, y al mismo tiempo, independiente del resultado final

REPERTORIO AMERICANO

SEMANARIO de cultura hispánica.
De Filosofía y Letras, Artes, Ciencias y Educación, Misceláneas y Documentos.

Publicado por

J. GARCIA-MONGE

Apartado 533

SAN JOSÉ, COSTA RICA, C. A.

ECONOMIA DE LA REVISTA

La entrega.....	€ 0.50
El tomo (24 entregas)	12.00
El tomo (para el exterior) ...	\$ 3.50 oroam.
La página mensual de avisos (4 inserciones).....	20.00 > >

En el contrato semestral de avisos se da un 5% de descuento. En el anual, un 10%.

de su obra de gobierno, reafirma, realza gallardamente esos mismos prestigios de la clase a que él pertenece, la revista de autoridad moral a los ojos del vulgo, propensos siempre a no ver, en los que manejan una pluma, hombres de Estado superiores.

Ese gesto no es quizás el único en la historia política y periodística hispano-americana. No será sin duda el último. Pero el periodismo no goza de tan gran crédito ante la opinión de nuestros países para que nos contentemos con señalarlo a la ligera y pasar en seguida a otros asuntos. Conviene repetirlo y recordarlo hasta que él aparezca en todo su relieve, y alcance su verdadera trascendencia.

Un ciudadano que posee el título de abogado, que ha sido miembro eminente del parlamento, que alcanzó a fuerza de desvelos sonadas victorias intelectuales, que llegó al fin a ministro y que en la hora de paladear tranquilamente este manjar de éxito sus primeras declaraciones son para recordar que ante todo y sobre todo es periodista... Por Dios, esto no se ve todos los días en nuestras tierras, y de esto no se hablará nunca bastante!

Si Eduardo González Manet realiza, como es de suponerse, una sólida obra de gobierno, si logra que en su departamento no se dé cabida al *sibonismo*, según la gráfica y definitiva expresión cara a José Manuel Cortina, entonces, en un país de América se hará patente esta verdad que ya Europa ha reconocido desde hace tiempo, pero especialmente, aunque parezca paradójico, en la postguerra: que son los letrados los llamados a dar sanas orientaciones, los indicados a establecer en los pueblos el equilibrio moral e intelectual sin el cual la prosperidad material es transitoria e irrisoria.

Nótese que aquí empleamos letrado en su forma adjetival, entendiéndolo por ello, no el hombre de curia o de leyes, sino el hombre de letras, de hu-

manidades, que es docto e instruido, *doctus eruditus*. Letrado, el que no se contentó con un título universitario, sino que se templó luego en la lucha con las ideas, que empuñó un combate cotidiano por construir frases correctas y armoniosas, que meditó y observó pacientemente para transmitir después esas meditaciones y esas observaciones al público. Letrados, los que para escribir, o comentar verbalmente se vieron obligados a hacer lecturas eclécticas, a hojear muchos volúmenes ajenos a su competencia particular, los que anhelaron pulir el espíritu, perfeccionar mente y corazón hasta obtener, en lo posible, esa flexibilidad, esa serenidad de comprensión de una cultura varia y profunda.

¿Qué dá todo eso mejor que el periodismo? Y ahora no me refiero, claro está, al simple periodismo de reportaje, que es una excelente escuela de preparación en otros órdenes (véase, a ese respecto, el prefacio de Emilio Zola en *La Parisiense* de Blavet) y antesala obligada de ese periodismo cultivado últimamente, en *El Mundo*, por Eduardo González Manet, el periodismo crítico, ideológico, donde hay ilustraciones y advertencias luminosas sobre los problemas nacionales, y cuya práctica exige un cúmulo de conocimientos de psicología colectiva, de etnografía, de sociología, de historiografía, etcétera.

Puede darse el caso de que algunos hombres, sometidos a esa prueba en la juventud, no sean más tarde gobernantes ideales, en el sentido material, utilitario, pero no hay duda de que ellos ofrecen siempre a una administración la garantía de su prestigio, de su elegancia, y que comunican a los actos de Estado más insignificantes un brillo, una trascendencia que es imposible, o muy difícil, a los políticos sin letras, aunque posean otros conocimientos. De ahí la dificultad, en ocasiones, de leer informes, mensajes y decretos administrativos, redactados o firmados negligentemente por gobernantes tal vez inteligentes, pero que tienen una vaga idea de la sintaxis, la cual sin embargo aprendieron en el colegio, olvidándola luego o echándosela a perder con el mal hábito de construir a la pata la llana. No representaría un elogio para González Manet sostener, por ejemplo, que él tendrá buen cuidado en no firmar una circular llena de solecismos, plagada de mayúsculas innecesarias, con pleonasmos machacones que complican y deforman el sentido de las disposiciones más simples. Y es que un letrado puede también, a su manera, hacer obra de nacionalidad y buen gobierno no dejando morir la belleza del idioma, no dando cuartel a los idiotismos léxicos, y despertando, con el propio ejemplo

y hasta con amonestaciones, el celo de los empleados. ¿Qué necesidad hay de exponer cuestiones abstrusas en un estilo imposible? Precisamente debía ser lo contrario, procurar hacer digeribles los conceptos y exposiciones de materias difusas, profusas, horriblemente confusas por sí mismas, pero que un lenguaje claro permitiría comprender fácilmente.

Hace poco yo leía con placer, en el interesante REPERTORIO AMERICANO de J. García Monge, una conferencia de Emilio Roig de Leuchsenring sobre un tema de política internacional embrollado y áspero. Días después un señor de la Habana, abogado como Roig, me enviaba una tesis basada en un asunto semejante, y a pesar de mi propósito de leerla hasta el final, se me cayó de las manos al doblar la séptima página. ¿Por qué? Sencillamente porque Emilio Roig tiene, a lo que imagino, una encantadora cultura literaria, acusa ser, en lo poco que he leído de él, un abogado artista, y sabe exponer, razonar, preocupándose tanto de la lógica como de la sobriedad, que en esa suerte de ensayos constituye la principal galanura de forma. El otro, en cambio, probablemente posea una vasta cultura jurídica, acaso sepa, de memoria, artículos del Código, pero al revés de lo que le ocurría a Henry Beyle, el Código fué el cementerio de su prosa, le malogró la sintaxis, y hoy es incapaz de escribir como Dios manda. Leerlo es un suplicio chino.

Los letrados han probado, por otra

parte, que ningún político sin más atributos puede aventajarles en la administración pública. Recuérdese a D'Annunzio en Fiume, léase la Constitución redactada por él, y se verá la previsión de un estadista eminente que sin embargo no sacrifica en nada su ideal de perfección literaria. ¿Y Raimundo Poincaré en Francia? El jefe del gobierno francés es, más que un brillante abogado, antes que un político profesional, un perfecto letrado, miembro de la Academia, amigo de las bellas construcciones verbales y gráficas. También él hace valer, como la ejecutoria más ilustre de su laboriosa existencia, su modesta condición de publicista, a tal punto que al siguiente día de abandonar el palacio presidencial del Elíseo, en 1920, comenzó a firmar artículos en *Le Temps*, en *Le Matin*, en *La Revue des deux Mondes*, etc.

Y véase, en Italia, a Benito Mussolini, hombre de letras al comienzo de su carrera, escritor, periodista de ataque primero que dictador. La energía es hoy su diosa dilecta, los imperativos del combate no le dejan tiempo para cultivar los amados lirismos. Pero observemos la arquitectura sólida y sobria de sus discursos, y descubriremos en ellos el deseo constante de un pensador por expresar bellamente las ideas fuertes, manteniendo enhiesta, a través de todas las pasiones, su cualidad superior de letrado.

J. DE LA LUZ LEÓN

Berna, Suiza.

La proclamación del imperialismo en Washington...

(Viene de la página 193).

bruta, como hemos dicho. Semejante proclamación crea en América un estado de barbarie propio de la Edad Media, y anuncia al mundo que en el Continente de la libertad y de la democracia, el continente emancipado de los despotismos de Europa para consagrarlo a los principios tutelares de la amistad internacional y de la fraternidad de los pueblos,—la soberanía, la independencia, la igualdad, la dignidad, la seguridad, en suma, los derechos de las naciones—no alumbra el nuevo día de justicia, de derecho, de moral, de libertad, nacido de la sangre, los sacrificios, el dolor, la insuperable catástrofe del último diluvio.

Si los Estados Unidos tienen tales derechos en este continente, ello quiere decir que las naciones americanas que deben su existencia a su heroísmo y a su amor a la libertad, en realidad no existen. Que los *derechos* que los Estados Unidos creen tener en el continente tengan la virtud de suprimir a las naciones en las cuales ocurre su

afirmación, de quitarles la vida, de causarles la muerte, como Haití y Santo Domingo, es un acontecimiento inesperado y de terrible significación y consecuencias.

La opinión de América y la opinión del mundo civilizado consideraron como un crimen la invasión y la ocupación de Haití y de Santo Domingo por los Estados Unidos, un crimen agravado por una larga dominación bajo la ley marcial en la que el uso ciego, desenfrenado y bárbaro de la fuerza como regla única de gobierno, infirió a Dios y a la humanidad todos los agravios imaginables. La opinión en los Estados Unidos reprobó y deploró estos crímenes, y se avergonzó del Gobierno que los había perpetrado. El juicio de todos los hombres en todas partes era que las salvajes violaciones del derecho público de América de que los Estados Unidos hicieron objeto a Haití y Santo Domingo en 1915 y 1916, podían sólo explicarse por la ocasión de la guerra en Europa, pero que no

habían sido posibles ni serían jamás posibles bajo el reinado de la paz y del derecho en el mundo.

El Secretario Hughes nos dice ahora, en plena paz y al otro día de la Quinta Conferencia Internacional Americana, que estábamos equivocados, que estábamos engañados, que las bárbaras y escandalosas transgresiones del derecho público en Haití y en Santo Domingo no son cosa adventicia, circunstancial, excepcional, improvisada, anormal y de consiguiente única y transitoria, sino que son manifestaciones o afirmaciones de una política nacional permanente, aplicable a todo el Continente y fundada en los derechos de los Estados Unidos. Esto es sin duda espantoso. El monstruo de la fuerza bruta, cuyos abusos y cuyos excesos han causado puede decirse todas las guerras del mundo, está pues vivo en América a pesar de la Gran Guerra, inspira y dirige la política de la nación más poderosa del Continente, y por los labios de uno de los juristas más eminentes de esta nación, juez un tiempo de la Corte Suprema, reasume, ante un congreso nacional de juristas, sus privilegios, y lanza a la civilización y al mundo un reto que parece condensar y expresar toda la insolencia y toda la osadía de la barbarie militar prusiana que hablaba por los labios del Kaiser y en su sueño de dominación universal preparó y decretó la guerra de 1914. Cayeron los últimos imperios medievales de Europa, pero su espíritu y sus métodos y sus designios sobreviven en el imperialismo de Washington.

A este imperialismo no faltan por supuesto los vicios de la mendacidad y de la hipocresía, en el empeño de conciliar sus piraterías con los ilustres principios de que hace alarde, y engañar al mundo. «El hecho que deseo hacer resaltar», dijo el ex-Ministro de la Corte Suprema, «es que, en lugar de aprovechar la oportunidad, como falsamente se ha imputado, para establecer un control permanente de Santo Domingo, el Gobierno de los Estados Unidos ha sido diligente en poner término a la ocupación y efectuar el retiro de sus fuerzas y ha consagrado sus esfuerzos a ayudar formal y eficazmente al pueblo dominicano a establecer sobre sólidas bases un gobierno independiente». Por años estuvo en Washington el depuesto y proscrito Presidente de la República Dominicana, trabajando en vano por inducir a los imperialistas del Gobierno a pactar con él un arreglo de desocupación del país y restauración de la república. Los términos que Washington propuso posteriormente por órgano del Gobernador Militar de Santo Domingo, denuncian sus designios y desmienten las aseveraciones del Secretario Hug-

hes. Al fin logró el anhelado objeto un grupo de cabecillas dominicanos de facciones políticas, obrando por su propia cuenta, sin poderes ni representación de ningún centro constituido de opinión; mas las condiciones del arreglo fueron de tal naturaleza que constituyen un nuevo crimen del imperialismo, porque crean en la nación un gobierno provisional que es la más ignominiosa perversión de los ideales de reconstrucción nacional del pueblo dominicano, y porque imponen a la nación un tratado que sanciona todos los actos de la intervención y la ocupación. Si los designios de Washington no fueran como son pérfidos y malévolos en Haití y Santo Domingo, el pacto de desocupación de Santo Domingo no habría sido el que fué sino otro muy distinto, y el pueblo dominicano lo habría recibido con unanimidad y gratitud. La opinión inteligente e imparcial de América sabe que la evacuación de Santo Domingo no es voluntaria y que no fué decidida sino cuando Washington agotó sus esfuerzos por permanecer, francamente como en Haití o simuladamente por un tratado de desocupación.

Washington ha consentido al cabo en soltar su presa y salir de un modo o de otro de Santo Domingo, no porque no hubiera sido nunca su propósito «establecer un control permanente» de la isla, sino porque la fuerza de la opinión pública en los Estados Unidos y en todos los países del continente frustró tal propósito. No pudiendo permanecer, porque lo expulsaba perentoriamente de allí la protesta del mundo americano, Washington imperialista ha recurrido a todos los expedientes para dar a la República Dominicana la muerte en un pacto de desocupación, en el plan de conservar su presa y engañar al propio tiempo al mundo. Fracasado en esta empresa, apeló a los caudillejos y politicastros, impacientes en el ostracismo de sus ambiciones personales, y obtuvo de ellos como *mínimum* la sanción de los actos de la intervención, a cambio de darles rienda suelta para sus candidaturas a la presidencia bajo un gobierno provisional controlado por ellos y a la sombra de las bayonetas americanas, instrumento y símbolo de los *derechos* de los Estados Unidos en el continente. Santo Domingo será un oprobio para Washington imperialista, desde el principio hasta el fin, sin la más leve atenuación, sin rasgo alguno redentor.

Lo mismo puede decirse de Haití. Washington imperialista ha podido resistir a la presión de la opinión pública dentro y fuera de los Estados Unidos cuanto a la ocupación de Haití, por dos razones: el tratado que existe con Haití, aunque arrancado por la intimidación y por la fuerza; y el co-

lor de aquellas gentes. El Secretario Hughes declara que el Gobierno de los Estados Unidos no tiene en Haití otro propósito que fundar la paz y la estabilidad, que no busca la adquisición ni el control del territorio de Haití y que celebrará el día en que pueda abandonar a Haití «con razonable seguridad de que los haitianos serán capaces de mantener un gobierno independiente y competente para guardar el orden y cumplir sus obligaciones internacionales». ¿Quién lo creará? Washington imperialista no merece fe. Ha mentido mucho para ser creído, y la mentira es consubstancial con el imperialismo, una de sus armas naturales. El tratado con Haití expirará dentro de dos años. Si Haití se niega, como es de esperarse que se negará, a renovarlo, la ocupación cesará entonces. ¿Cómo puede, pues, decir el Secretario Hughes que el Gobierno de los Estados Unidos desocupará a Haití cuando los haitianos sean capaces del gobierno propio? La inferencia es que por los mismos métodos que en 1915 le impondrán a los haitianos un nuevo tratado, o que con tratado o sin él allí se quedarán hasta que a su juicio Haití sea capaz de gobernarse a sí mismo. ¿Cuándo será esto? Filipinas es un buen ejemplo. La promesa de los Estados Unidos es de independencia, tan pronto como los filipinos hayan adquirido la aptitud que Washington espera que Haití desarrolle bajo la ocupación; y después de veinticinco años de educación de los filipinos en la ciencia del gobierno bajo la dominación extranjera, la comisión nombrada por el Presidente de los Estados Unidos para investigar el grado de progreso de los filipinos en este aprendizaje, compuesta del Gobernador Wood y el ex-Gobernador Forbes, ha informado que los filipinos no están preparados todavía para subsistir sin tutores. ¿Podrá esperarse que lo estén algún día los haitianos en el concepto de Washington imperialista? Nuestra sola esperanza es que la opinión pública de los Estados Unidos y los demás pueblos de América haga un día en Haití lo que ha hecho en Santo Domingo.

Mr. Hughes habló sin embargo de panamericanismo, que es una de las mentiras favoritas del imperialismo; y a propósito asentó como un dogma que «la condición esencial de la cooperación es la paz». Esta proposición explica toda la política y todo el curso de la acción imperialista, explica asimismo su moral y su criterio de los valores humanos. El mundo civilizado entiende que la condición esencial de la cooperación, y antes que de la cooperación y de todo, de la paz, es la justicia. Sin la justicia no hay paz, cooperación, ni confianza, ni civilización, ni nada. La justicia es la base y

la fuente de todas las cosas, en el orden internacional y en todos los órdenes de las relaciones humanas. La fe del imperialismo es la paz, aunque está pronto a romperla siempre que le convenga. La fe de la humanidad es la justicia, sin la cual la paz es precaria, asfixiante y odiosa.

Este es precisamente el terreno en que combaten a muerte la civilización y el imperialismo. Los derechos que Washington pretende tener en este hemisferio son inseparables en su existencia y en su ejercicio de la inestabilidad de la paz en algunas naciones americanas. La ocasión, y el pretexto, para la *afirmación* de tales derechos es siempre una revolución, sin embargo de que una revolución en esos países es siempre un movimiento de libertad, esfuerzos violentos por un estado de justicia, el estado de justicia a que aspira la humanidad en el mundo civilizado, bajo el cual la paz sería incommovible e imposibles los *derechos* del imperialismo, los derechos que Washington reclama, los derechos de intervención y de conquista, de opresión y de explotación de los países indefensos, ricos y estratégicos de América.

Los derechos proclamados por Washington imperialista como derechos de los Estados Unidos en América, redundan en la impunidad y la estabilidad del despotismo. Los pueblos son por el hecho de estos derechos sometidos a esta disyuntiva: o la paz del despotismo o la intervención. El imperialismo es así enemigo de la felicidad y el progreso de los pueblos de todos modos. Destruye la libertad de los pueblos como destruye la independencia de las naciones. Por terror a los derechos de los Estados Unidos, es decir, a la intervención y la subyugación, los pueblos no harán revoluciones y el despotismo será eterno. Washington podrá así enorgullecerse de la estabilidad de la paz en América, la paz del despotismo, infecunda y mortal, obra suya.

Esta paz no salva sin embargo sino engañosamente la existencia nacional de esos países. No serán materialmente invadidos por las hordas armadas de Washington, como Haití y Santo Domingo; pero es incuestionable que naciones que viven bajo la cohibición de la amenaza de la invasión extranjera, proclamada en nombre de la cosa más legítima de este mundo como es el derecho, y deben su tranquilidad interior—que es falsa y anormal—al temor de desaparecer de la noche a la mañana en un acto de *afirmación* de este derecho por la nación todo poderosa que lo ha asumido y proclamado, en realidad no existen.

Especialmente las naciones ameri-

canas del Caribe, y las centroamericanas del Pacífico, están todas en este caso. Pero la injuria, si no la amenaza, es igual para todas las naciones americanas, sin excepción, porque la declaración del Secretario Hughes, su proclamación del derecho de intervención militar para imponer la paz, como derecho de los Estados Unidos, se refiere como se ha visto a toda la América. Y es nuestra opinión que todas las naciones americanas están de con-

siguiente en la obligación ineludible de protestar por medio de sus congresos contra esta injuria, que es al propio tiempo una amenaza y una agresión, y contra esta bárbara proclamación por Washington de la supremacía de la fuerza bruta en este Continente.

JACINTO LÓPEZ

Nueva York.

(*La Reforma Social*, Habana-Nueva York).

El buen ejemplo que imitar

La Sociedad de Embellecimiento de Bogotá y sus labores

DE benemérita se califica ordinariamente la Sociedad de Embellecimiento de Bogotá, y en verdad que de sobra merece el título esa Corporación, permanentemente dedicada a velar por el adelanto de la capital en todos los órdenes, y que es entre nosotros el caso más hermoso y completo de espíritu público. Sus miembros no gozan de prerrogativas ni emolumentos ningunos; nada distinto de la satisfacción de servir a Bogotá derivan de sus trabajos, y calladamente van realizando obras de efectivo embellecimiento, impulsando toda buena iniciativa, despertando el interés de las gentes por cuanto con el Municipio se relaciona.

Pero ningún elogio dará más alta idea de esta Sociedad, que la simple enumeración de sus trabajos, la presentación de su obra, llevada a cabo con la más noble discreción. Por eso queremos hoy darla a conocer en sus aspectos principales.

Esa Sociedad fué creada como entidad municipal, por Decreto de la Alcaldía de 17 de marzo de 1917, con un personal de diez miembros principales y diez suplentes. Posteriormente ha sido elevado su número a treinta miembros principales, escogidos entre los caballeros de la ciudad que han dado ya pruebas de espíritu público.

Objeto primordial de la Sociedad, desde su fundación, fué el cuidado de los parques, jardines y avenidas de Bogotá, que se hallaban en estado del más completo abandono. Para poder apreciar lo que representa la labor de esta Sociedad en el particular, basta con recordar que en 1917 la Plazuela Cuervo, a media cuadra de la Plaza de Bolívar, donde se irgue la estatua de quien fué no sólo gloria legítima de la Patria sino también benefactor de Bogotá, estaba sembrada de cebada, y que análogo aspecto de incuria presentaban las otras plazas de la ciudad.

Hoy todos los parques y jardines están atendidos con constancia y esmero; algunos de ellos son verdadero ornato de la población, y la Sociedad logró, por primera vez, dar al servicio nocturno el de Santander profusamente iluminado, donde desde 1918 se dan todos los viernes conciertos sinfónicos por la Banda del Conservatorio, hábilmente dirigida por el maestro Martínez Montoya.

La Sociedad ha tenido el programa de cooperar a la conmemoración de las fiestas patrias presentando terminada una obra de carácter permanente, y así ha logrado hacerlo todos los años: en 1918 presentó la Plaza de Caldas, bellamente ornamentada; en 1919, la terraza de la Avenida de la República y la reforma del Parque del Centenario; en 1920, el Parque de la Plaza España; en 1921, el Jardín de Camilo Torres, a donde se trasladó el busto obsequiado a la ciudad por el Jockey Club; en 1922, el Parque de Sucre, en el barrio de su nombre, y el Jardín de la Plaza de Bolivia, ornamentado con airoso candelabros para la luz eléctrica y con el busto del maestro Epifanio Garay, y en el presente año, el Parque de la Plaza de la Argentina, donde con la construcción del jardín y dos elegantes kioscos, y demolición de la barraca que tanto afeaba ese sitio, se ha realizado una mejora cuya importancia han sabido apreciar todos los vecinos de Chapinero.

Actualmente la Sociedad adelanta trabajos para terminar el Parque de Ricaurte, en torno al monumento del héroe de San Mateo, Parque que será uno de los más hermosos de la ciudad; e iniciará en breve la reforma del Parque de Santander, por medio de un artístico proyecto del doctor A. Manrique Martín, con el designio de obedecer la orden del honorable Concejo

para que se entregue la verja respectiva a la Junta de Beneficencia,—la cual la instalará en el Hospital de la Hortúa y cederá en cambio al Municipio una zona para la ampliación de la calle,—y de facilitar el tráfico ampliando la carrera 7ª, entre calles 15 y 16. Para la reforma de este Parque, ha votado el Concejo una apreciable cantidad.

Además, ha arreglado la Sociedad los jardines de la calle 20 y de Chapinero, y ha intervenido en el arreglo de las Avenidas de Venezuela, de los Estudiantes y de la Paz.

Y al hablar de la obra realizada en los Parques, es imposible no citar a quien ha sido en ella factor esencial y decisivo, don José María Sáiz, Presidente de la Comisión de Parques y Jardines y admirable servidor de Bogotá, tipo perfecto del buen ciudadano, cuyo desinterés y modestia constantes corren parejas con su laboriosidad y eficacia.

Inició la Sociedad de Embellecimiento la adquisición de la Quinta de Bolívar y consagración de esa reliquia histórica como monumento nacional. Conseguido ese propósito, la Sociedad ha tenido desde el 7 de agosto de 1919 bajo su cuidado, la Quinta, y no solamente ha logrado con los escasos recursos de que dispone, devolverle su carácter pristino, arreglar sus dependencias y construir un hermoso jardín en el lote que le da acceso, y era antes un terrible foco de infección, sino también iniciar la biblioteca y el museo bolivianos, abriéndolos a horas fijas para el público. Afortunadamente, en este año el Congreso Nacional, a iniciativa del señor Ministro de Gobierno, Presidente de la Junta de la Quinta y del Museo de Bolívar, ha dictado la Ley 27 de 1923, por la cual se destina la suma de ₡ 4.000 anuales para la conservación de la Quinta de Bolívar y adquisición de objetos para el museo y la biblioteca, cantidad con la cual podrá darse notable desarrollo a ese monumento nacional.

Además de las obras que ha realizado con su solo esfuerzo, la Sociedad de Embellecimiento ha cooperado de manera eficaz y en ocasiones decisiva, en muchas obras importantes para el progreso de Bogotá. En la imposibilidad de enumerarlas todas, mencionaremos la Plaza de Mercado de Las Nieves, adelantada por medio de la consecución de un empréstito gestionado por la Sociedad; el Cuerpo de Bomberos, organizado por un Comité dependiente también de esta Corporación y que fué solemnemente instalado en las fiestas del Centenario de Boyacá; la Terraza del Panóptico, construída a iniciativa y con planos de la Sociedad; la Torre de la iglesia de Santa Bárbara, para la cual suministró igual-

mente los planos; la Avenida del 7 de agosto; el Monumento a Ricaurte; el Monumento a Gonzalo Jiménez de Quesada; embellecimiento de la Capilla del Cementerio, etc., etc.

Intensamente ha trabajado la Sociedad de Embellecimiento en la obra de pavimentación y el arreglo de la calle 26, que conduce a los Cementerios, y al efecto, en asocio de la Junta de Mejoras Públicas del barrio de San Diego, nombró un Comité permanente, destinado a allegar fondos y entenderse en todo lo relativo a esta reforma, de carácter tan urgente y necesario. Además, la Sociedad ha contribuido con cuantiosas cuotas a dicha obra.

Del seno de la Sociedad han partido fecundas iniciativas, tales como la Protección del Niño, federando todas las instituciones filantrópicas que en Bogotá se ocupan en la niñez, proyecto presentado a esta Corporación, desde 1919, por el doctor Agustín Nieto Caballero, y que está en vía de ser una realidad. Ha elaborado además la Sociedad diversos proyectos para corregir corruptelas o establecer reformas saludables, tales como el relativo a Agencias mortuorias, cuya presentación constituía una nota lúgubre para la Capital; el de la hora oficial para regular el funcionamiento de todos los relojes públicos, proyecto éste en que trabajó intensamente el lamentado miembro de la Sociedad y Alcalde, don Santiago de Castro; plano del Bogotá futuro, base indispensable para delinear sobre plan científico el desarrollo de la ciudad, ampliación del perímetro de la misma, en relación con el progreso de las poblaciones vecinas que la rodean; y se ha interesado la Sociedad en toda campaña de progreso, como la guerra a la tuberculosis, al chichismo y al alcoholismo, la mejora en la indumentaria de nuestras clases bajas, etc., etc.

Parte muy importante de la labor realizada por la Sociedad de Embellecimiento, ha sido la referente a los árboles; a la vista de todos está la manera cómo ha hecho arreglar los existentes, y ha hecho cortar también, por razones poderosas y previo concepto de técnicos, 108. Pero en lugar de esos 108 árboles derribados, ha hecho sembrar hasta ahora en los diversos parques, jardines y avenidas de la ciudad, 2,805. La comparación de estas cifras no necesita comentarios.

Y es de advertirse que su labor en este campo no había podido tener la eficacia y desarrollo deseables, por la falta de un semillero. El Concejo, conocedor de esa necesidad, acaba de asignar a esa Corporación un predio suficiente, que permitirá en un futuro próximo, no sólo una variedad muy grande en las clases de plantas y árboles, sino que la plantación de éstos

se haga de acuerdo con los métodos científicos modernos.

De su esfuerzo en favor de la higiene de la capital, son testigos los W. C. construídos sobre procedimientos modernos y científicos, en lugares concurridos de la ciudad, tales como el Parque de Santander y los Cementerios, y actualmente una Comisión permanente estudia, de acuerdo con la Empresa del Acueducto Municipal, el establecimiento de lavaderos públicos en la parte oriental, para terminar con los que hoy existen en las cuencas de los ríos y constituyen el más amenazador foco de infección para la población.

Con el doble objeto de hermosear y animar la vida ciudadana y de mejorar la presentación de los avisos de mercancía, la Sociedad ha llevado a cabo varios concursos de vitrinas, cuyos jueces han sido señoras y señoritas del alto mundo social, y que han dado por resultado un visible adelanto en la manera de enseñar los objetos en los almacenes, muchos de los cuales exhiben ya sus artículos de una manera verdaderamente artística.

La Sociedad de Embellecimiento ha prestado constante y eficazmente su concurso al Municipio en todo lo relativo a la ampliación de calles, adquisición de predios, construcción de andenes y alcantarillas, instalación de alumbrados y corrección de los errores ortográficos en los avisos públicos. Ha velado por la conservación de los monumentos y objetos antiguos, por medio de comisiones, y ha organizado en la Quinta de Bolívar, exposiciones de interés patriótico o seccional, tales como la de retratos de próceres de la Independencia para conmemorar el centenario de Boyacá y la de vistas de Santafé antiguo, con que celebró la Sociedad de Embellecimiento el primer lustro de fundada, exposiciones que han logrado el mejor éxito por la manera como han sido organizadas. Además, bajo los auspicios de la Sociedad, se llevó a efecto la exposición de cuadros de los modernos artistas franceses, certamen éste, que muy alabado por unos, censurado por otros, constituye en todo caso una nota de

arte y de actualidad de muy benéficos resultados, pues sirvió no sólo de punto de comparación para la obra de los artistas nacionales, sino también para que éstos por medio de una enseñanza objetiva, pudieran contemplar por sus propios ojos los modelos que conviene seguir y las exageraciones que es preciso evitar.

Con ser tan numerosas las obras materiales que dan plena prueba de la eficacia de la Sociedad de Embellecimiento, su mayor mérito consiste en el esfuerzo de todas las horas, tenaz y eficiente, para levantar y organizar el espíritu público de los habitantes de Bogotá. En este sentido puede decirse que su obra de más aliento es la que no está a los ojos de los demás, y que vale más por los errores que ha evitado que por las reformas que ha llevado a efecto. Con tal objeto fundó desde 1918 la medalla anual para el Inspector que haya cumplido una mejor tarea en su barrio en beneficio de la ciudad, certamen éste que ha dado los más benéficos resultados, despertando entre los inspectores una emulación nobilísima, puesto que es en beneficio de todos, y ha laborado por el establecimiento de las Juntas de Mejoras Públicas de los barrios, las cuales, según lo dispuesto en el decreto de la Alcaldía, número 53 de 1919, están adscritas, como entidad central, a la Sociedad de Embellecimiento, a la cual envían sus representantes que tienen en el seno de ella, voz y voto. Algunas de estas Juntas han realizado ya una labor de importancia y todas son merecedoras de estímulo por parte de las autoridades y del público.

(El Tiempo, Bogotá).

Doctor EDUARDO MONTEALEGRE

Cirujano Dentista Americano

Despacho: 2ª avenida O. y calle 4ª S.

Dr. Alejandro Montero S.

MEDICO CIRUJANO

de la Universidad Real de Roma.

Horas de consulta: de 2 a 5 p. m.

BOTICA ESPAÑOLA

Preparaciones
ASTOR:

ELIXIR ANTIPALÚDICO
VERMÍFUGO

INYECCIÓN ANTIGONORREICA

SAN JOSE

COSTA RICA

DE LA PINTURA MODERNA EN MEXICO

Diego Rivera

Las obras picturales de Diego Rivera han provocado en México discusiones y acaloramientos inusitados. Para unos, los más ilustres y autorizados críticos de pintura, Diego Rivera es el pintor máximo mexicano. Otros, los misoneístas que se resisten a la invasión de técnicas nuevas, los clasicantes arcaicos, en una palabra, el reaccionarismo artístico, lo consideran un audaz impostor. El siguiente artículo de mera información, no tiene otro fin que dar una idea personal sobre la técnica y obra del originalísimo pintor mexicano. Así sea.

Pocos nombres han suscitado en últimos tiempos, críticas y apreciaciones más encontradas, acerbos y laudatorias, que el de este pintor mexicano, a quien la Secretaría de Educación ha encomendado la decoración de los muros ⁽¹⁾ de la Escuela Nacional Preparatoria y del nuevo edificio que ocupa en la gran capital azteca.

La pintura arquitectural traída por Diego Rivera no es, en rigurosa lógica, una genuina innovación. Sus orígenes pueden encontrarse en los «primitivos» decoradores e «imaginantes» de la Edad Media, en las suntuarias decoraciones que dejó esparcidas en las penumbrosas catedrales y en las galerías de los conventos, el arte católico de las primeras épocas de la colonia. La crudeza, la violencia de los colores, de un exasperado misticismo; lo abigarrado de los conjuntos, ayunos de perspectiva aérea y de graduación en los tonos; la fiereza bárbara de los perfiles y siluetas; todo habla de un fervor paciente, mas indómito a las disciplinas de la pintura clásica. Y es que el artista imbuido en la idea o escena que flotaba en su imaginación no cuidó de la realidad, o no quiso sacrificarse a la justeza del colorido o de la forma. Pero he aquí que es este su mayor mérito, potencialidad y grandeza en la expresión de sus sentimientos, sellados sobre el lienzo con la fuerza de su ingenuidad primitiva.

Mas, conviene hacer la advertencia de que en cuanto a la estilización de figuras humanas y de objetos, el pintor mexicano sí ha logrado una originalidad manifiesta, innegable. A este respecto puede decirse, en términos generales, que el primitivismo de Diego Rivera, se basa en una nueva concepción

pictural, en la que el artista no considera la pintura como una vana representación de planos o colores de una naturaleza inerte. Su pintura es ideal, simbólica, y no está limitada por estrechos realismos; antes bien, es la libre manifestación de un pensamiento o de un sentir especial que busca por encima de la finalidad puramente artística, el logro de una idea educativa social. Se quiere suprimir, siguiendo este procedimiento, toda falsa técnica que estorbe o deforme a la sincera y espontánea expresión con que el artista debe hablar al pueblo, de sus propios dolores, del amor que le inspiran sus cosas, de su miseria actual, empleando para ello los medios representativos de la pintura—símbolos simples y no otra cosa—que le expongan, claramente, pensamientos, axiomas, apotegmas, que puedan ser un auxilio, una luz en la lóbreguez de su ignorancia.

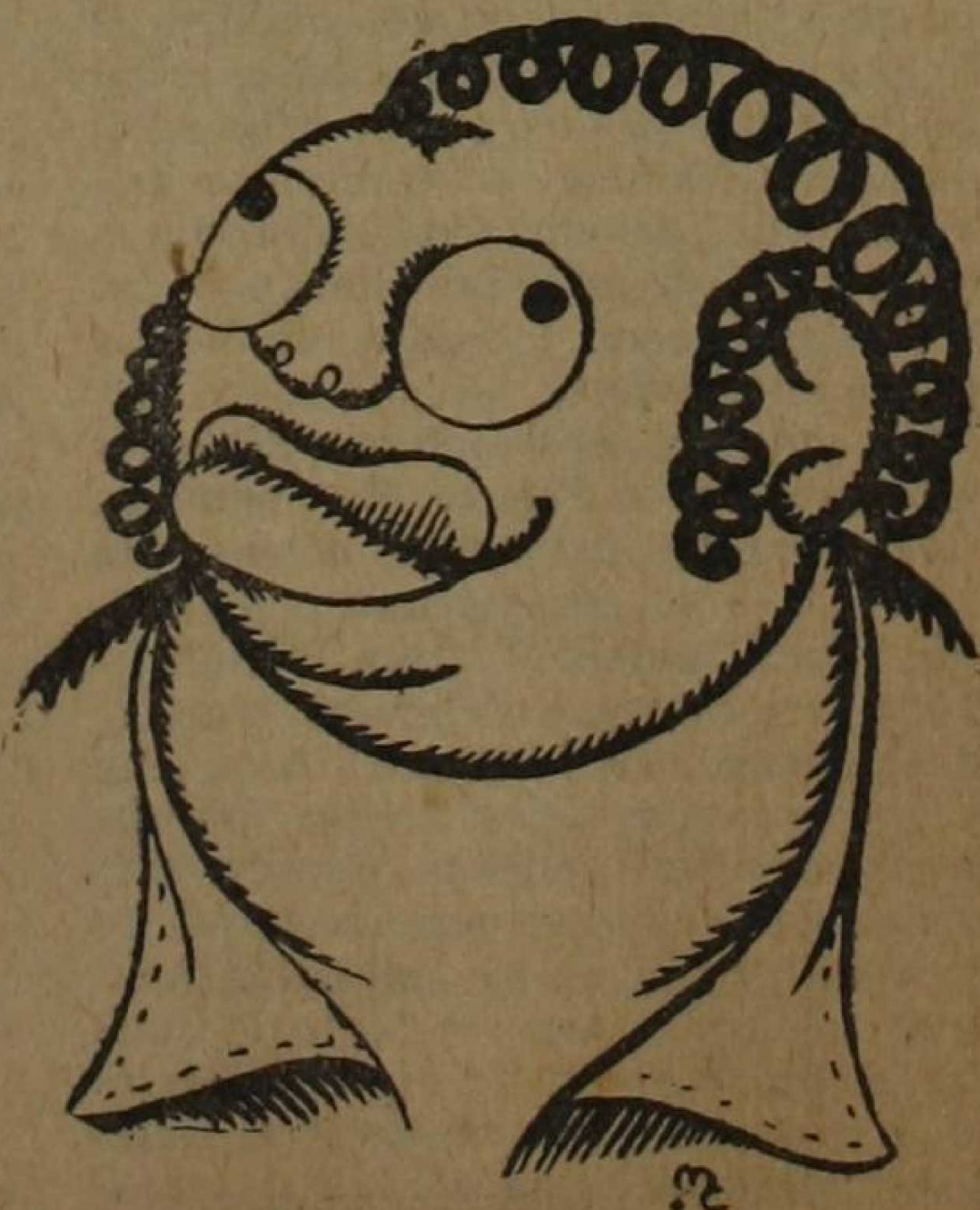
Las líneas rudas, los perfiles hirientes, la torva actitud de los ojos, la dolorosa contracción del gesto, y lo dramático de los ademanes, en todas las pinturas que decoran los edificios antes citados, revelan ese pensamiento inicial, el que ha de traducirse en una educación gráfica, de un arte popular en el que el artista tiene el genial desinterés de sacrificar la belleza de «factura» que la tradición y la severidad artística le imponen. Su espíritu ha de darse en formas amplias, de una sinceridad elocuente a la que han de

posponerse sutilidades escolásticas, o exquisiteces individuales.

En cuanto al valor decorativo de esta pintura emocional, puede ser muy discutible, pero en modo alguno vituperable. Siempre se ha querido, en arte, expresar la concepción más alta y luminosa de los temperamentos individuales; hoy se quiere educar, realizar algo que es parte de la conciencia colectiva, algo que está en el dolor, en la fatiga, en la diaria angustia de los que sufren, de los que lloran. Y es necesario no ver nuestro dolor particular, es necesario el supremo sacrificio de las formas egoístas por la expresión sin limitaciones de lo que está en la sangre, en la entraña trágica del pueblo, del indio, del vasallo agobiado y dolorido, en la inquietud y en la pena del alma materna de una raza vencida y olvidada.

Y Diego Rivera, con fidelidad patética, con sencillez conmovedora, emplea en este juego dramático, síntesis de un sentimiento libre aunque no exento de religiosidad, esa expresión simplista y fuerte de lo que hay de dolor en las faenas del campo, del taller, de la honda mina. Y ha logrado la victoria. Ante sus realizaciones se siente ese soplo místico—tenebrosa zozobra—que inspiran, en otro rumbo de la emoción, los aguas fuertes de un Durero, de un Goya. Ha buscado y ha encontrado el fondo de desnudez, de gris-desolado, de inquietud mortal en el que se mueve el indio, la raza escarnecida. Nadie como él ha visto y expresado su gesto, su dolor de vencido; ningún otro artista sorprendió mejor la escena campesina, en sus escenarios bárbaros; ni comprendió su fatalismo, su obsesionante resignación, su vida cruel, su extenuada fatiga. Y en los frescos y cuadros al temple de Diego Rivera, está ese indio americano que, a lo largo del continente, aun sospecha en su derredor a los encomenderos, a los hombres blancos, codiciosos, que destruyeron sus ciudades y derribaron su poderío.

Y este es un noble sacrificio: no pintar para los doctos a quienes ha de pedirse un juicio o un elogio; trabajar, sufrir la maternidad artística, más para quienes hasta ahora no han merecido otra cosa que imposiciones tiránicas o despiadadas explotaciones. Es el arte para el pueblo, para la oscura masa humana, carne de trabajo y de dolor, que desfila, con ojos de asombro, bajo el sol colérico, en las amplias avenidas de la cosmópolis. Arte social enunciator de una cruzada redentora por la figura, por el color, por la expresión gráfica. Ya no es sólo enseñar a leer, es mostrar la vida en sus manifestaciones más



DIEGO RIVERA

(Visto por MIGUEL COVARRUBIAS).

(1) Véanse grabados de estas decoraciones en el REPERTORIO N° 3 del tomo en curso.

nobles, hacerse amar en la representación, en el cuadro de grandes masas, de brusquedades hirientes, pero que van, en línea recta, al fondo de las psicologías ineducadas. Es dar al hombre del pueblo, indígena en su mayor parte, el derecho de historiar su vida, como en las antiguas pinturas murales del misterioso, esotérico Egipto.

Y esta es la gloria de Diego Rivera.

ANTONIO ZELAYA

O conflictos de intereses o disputas de ideas

...La palabra, siembra; la organización, recoge. Pero aquí lo esencial es la propaganda y la publicidad. El tipo de hombre al que ahora se sirve, el que ahora necesita de ilegalidades a cambio de su adhesión al cacique *para todo lo que guste mandar*, ese sirve de poco en una organización política hecha a base de comunidad de doctrina y de ideal. Y con esto decimos que si hemos de tener partidos políticos *verdad*, no sólo necesitaríamos empezar a producir un tipo distinto de hombre público, sino que las filas mismas de los partidos estarían constituidas por hombres diferentes de los que ahora mendigan los favores de los hombres políticos y constituyen sus mesnadas.

Mas para que surja un nuevo tipo de hombre público, que sepa conquistar para la política a corazones entusiastas, hace falta que esté, a su vez, enamorado de una idea política. Porque el dilema es breve: o conflictos de intereses o disputas de ideas. Un partido político no debe ser esencialmente un interés. En principio, todo partido ha de mantener el interés de la totalidad, incluso el de los adversarios, en la inteligencia de que ello no puede conseguirse sino con la aplicación de la doctrina propia. El problema, como vemos, consiste meramente en que surja un tipo de político que guste más de las asambleas que de las tertulias, porque es imposible que surja ese tipo de hombre si no aparecen al mismo tiempo ideas políticas que tengan la virtualidad de ganar los sentimientos.

RAMIRO DE MARZTU

(El Sol, Madrid).

Doctor Constantino Herdocia

De la Facultad de Medicina de París
MEDICO Y CIRUJANO

Enfermedades de los ojos, oídos, nariz y garganta. Horas de oficina: 10 a 11.30 a. m. y de 2 a 5, contiguo al Teatro Variedades.

Teléfono número 1443

Un código del periodismo

HACE unos meses, la *American Society of Newspapers Editors* (Sociedad Americana de Editores de Periódicos) adoptó un Código de principios o fundamentos morales del periodismo que tal vez sea único en el mundo entero. No se vaya a creer por eso que la Prensa norteamericana es la más pura del planeta. Precisamente los códigos surgen allí donde antes existía la falta o el delito. Ninguna Prensa de ningún país se ha distinguido hasta ahora como la norteamericana por fomentar los graves vicios que hoy ella misma condena en el Código aludido. Esto revela un principio de enmienda merecedor de las más calurosas alabanzas, porque la Prensa norteamericana comenzaba a hacer prosélitos en otras latitudes y longitudes de nuestro orbe, con grave detrimento para la alta misión moral del periodismo. Bueno será, pues, que también la enmienda del maestro cunda entre los discípulos. Como en este punto no tiene que reprocharnos nada la conciencia, queremos glosar el nuevo y flamante Código del periodismo, que en rigor es un fiel espejo de lo que *El Sol* se ha esforzado por representar desde su nacimiento.

El Código es un heptálogo o conjunto de siete reglas. Algunas de ellas podrían fundirse en una sola; pero seguiremos el orden y la enumeración del singular documento. La primera regla alude al principio de responsabilidad. El derecho de un periódico a conquistar y retener lectores no debe traspasar nunca el interés público. O lo que es lo mismo: un periódico es un instrumento público que no debe atender exclusivamente a los intereses privados. «El periodista dice el Código—que emplea su poder para fines egoístas o de algún modo indignos, es infiel a una gran misión».

La segunda regla obliga a defender la libertad de la Prensa. Esto parecerá una redundancia, porque Prensa sin libertad es un contrasentido; pero alguna vez ocurre el absurdo de que haya periódicos que defienden el amordazamiento y encadenamiento en muy diversas formas de la Prensa, porque así les conviene a ellos particularmente o a los gobernantes a que sirven. Luego viene la regla de la independencia, que en algunos aspectos coincide con la de responsabilidad: ni los intereses privados ni los de partido deben alejar a un periódico de la verdad a sabiendas, tanto en sus editoriales como en su sección de noticias. La cuarta regla aconseja «sinceridad, veracidad, exac-

titud, buena fe con el lector», hasta en los grandes encabezamientos, que «deben estar justificados plenamente por el contenido de los artículos que anuncian». Quinta: imparcialidad, distinguiendo «entre narraciones informativas y expresiones de opinión». Interesante regla para los críticos: «deben poseer autoridad fundada en el conocimiento, simpatía fundada en la comprensión, independencia de juicio que demanda completa libertad». Sexta: equidad, para no hacer cargos sin oír al acusado, para «no invadir los derechos o los sentimientos privados sin estar seguro de apoyarse en el derecho público, no en la curiosidad pública», y para rectificar pronto y por completo graves errores de hecho o de opinión. La última regla, que se refiere a la decencia profesional, merece una transcripción íntegra:

«Un periódico no puede escapar a la acusación de insinceridad si haciendo protestas de altos propósitos morales suministra incentivos a las bajas pasiones, tal como pueden encontrarse en los detalles del crimen y del vicio, cuya publicación no responda evidentemente al bien general. Careciendo de poder para imponer sus cánones, el periodismo aquí representado no puede sino expresar la esperanza de que el deliberado estímulo a los malos instintos sea objeto de la reprobación pública o ceda a la influencia de una preponderante condenación profesional».

La lista de reglas del buen periodismo no está probablemente completa en las mencionadas, cuya mayor virtud consiste, sin duda, en que tienden a ir creando una conciencia profesional honrada e imbuida de su gran misión como instrumento de conocimiento y de ética pública. Pero sería un motivo de orgullo para todos que el periodismo del mundo entero no necesitara ya de tales códigos morales sino tácitamente.

(El Sol, Madrid).

Dr. ODIO DE GRANDA

MEDICO, CIRUJANO Y RADIOLOGO
de la Facultad de Medicina de París
Horas de consulta: de 2 a 4 p. m.

Obras de Alfonso Reyes

Hemos recibido para la venta 10 ejeps. de cada una de las siguientes:

El Plano Oblicuo Precio € 2.50
Simpatías y Diferencias (Tres series).
Precio de cada serie » 2.50

"El velo de la dicha"

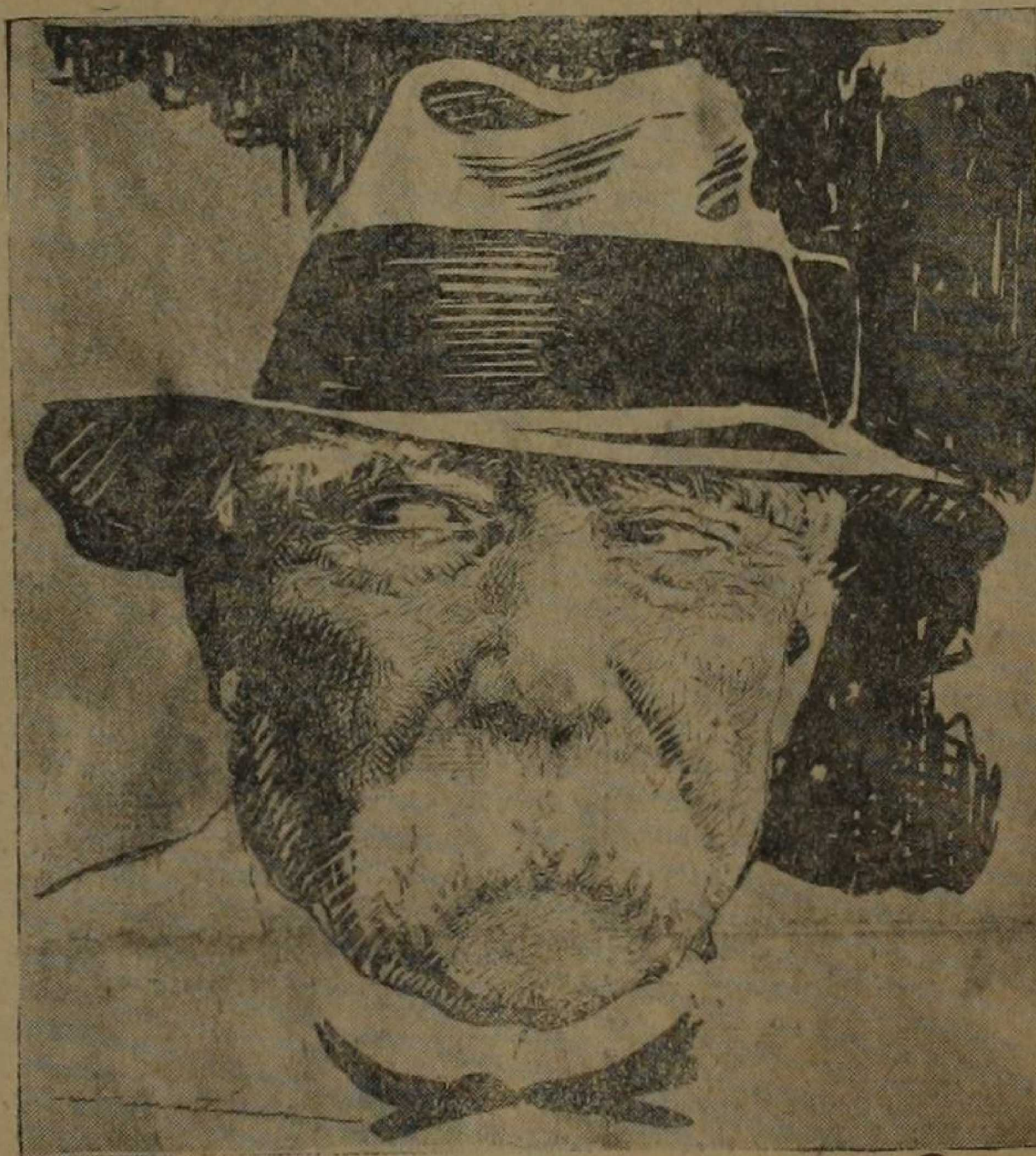
Es el título de una tradición china—o inventada—por un literato occidental. Una sociedad cinematográfica ha llevado el famoso cuento chino a la pantalla. Y nadie se sorprenderá del éxito considerable de esta *film* cuando conozca el nombre de su autor: Clemenceau.

¡Clemenceau pelicularo! Sí, señores. El periodista magistral e implacable de *L'Aurore*, del *Bloc*, de *L'Homme Libre* y de *L'Homme Enchaîné*; el alcalde de Montmartre durante la Comuna, y dictador—y salvador—de Francia en el período decisivo de la gran guerra, no es, como Unamuno, enemigo del cinematógrafo.

No sólo dió el permiso para que su novelita china (a mí siempre me ha parecido que los bigotes, sólo los bigotes, de Clemenceau eran los de un mandarín) fuera *filmada*, sino que revisó el *escenario* del adaptador y se presentaba en el *estudio* de Epinay cada vez «que hacían» escenas de su obra. Clemenceau es demasiado *enfant de Paris* para ser grave. Esa fluidez de espíritu que permite pasar de lo divino a lo humano, de lo trágico a lo cómico y—a veces—simultanearlos, es un don muy francés. Clemenceau lo posee como pocos. En los momentos más oscuros de la guerra, cuando la «Bertha» disparaba sobre París y Ludendorff formaba sus famosas «poches»—«bolsas», traduciríamos en castellano—, un chiste, un *mot* del ingente estadista recorría toda Francia, restableciendo el imperio de la sonrisa.

Era que el antiguo camarada de Eduardo VII no podía olvidarse del bulevar... Era que la tragedia de su patria—y del mundo—no podía cambiarlo. ¡Genio y figura! En toda su labor de periodista, de panfletista y de parlamentario no se encontrará un momento en que la expresión de su pensamiento sea enfática o confusa. Siempre aparecerá iluminada por la ironía, por una ironía al servicio de la lógica, de la verdad y del bien, desde el punto de vista galo, y desde el punto de vista galo de Clemenceau...

Porque, no se olvide, este patriota ejemplar, este Atlas que llevó a Francia sobre sus hombros, ha sido acusado de anglofilia, de blandura ante Lloyd George y ante Wilson y de haber—consintiendo un armisticio prematuro—malogrado la victoria. Y lo que hizo este hombre fué darse cuenta de que no estaba solo, de que solo no habría podido ganar la guerra. Toda su política internacional consistía en



JORGE CLEMENCEAU

luchar contra la anglofobia francesa y la francofobia británica: contra la tesis de Caillaux, en Francia, y contra las doctrinas de Carlyle y de Gladstone, en Londres.

Ahora bien: Clemenceau ha librado todas sus batallas *avec le sourire*. En su faz macilenta y de órbitas profundas, la sonrisa fué a veces dramática. ¡Oh aquel día, aquel día en el Palais Bourbon en que le increpaban los socialistas y los comunistas, y los radicales le abandonaban, porque... veían ya en París a Ludendorff! «¡La paz! ¡La paz!» Y lívido, verde, sudoroso, pero con su sonrisa, Clemenceau contestaba:

—Todavía, no... Foch forma sus reservas... Wilson me ha mandado

ya quinientos mil hombres...

Lo demás se sabe... Clemenceau no vive en el ostracismo. Se ha retirado porque su hora pasó; su hora, que fué suprema y venturosa para Francia, su único amor y su única inquietud.

Y ha vuelto a la literatura... Porque literatura, y sólo literatura, es *El velo de la dicha*.

* *

Helo aquí, en síntesis informativa:

El gran poeta Tchang I es dichoso con su mujer, Si Tchun; su hijo, Wien-Sieou; su amigo Tou-Fou y su secretario, Li Kiang.

Doce años de conubio y de vida familiar apacible. Doce años de gloria. Pero Tchang I se queda ciego, y, como Milton, se ve obligado a dictar sus poemas. Su amanuense será Li-Kiang, su fidelísimo secretario.

Estoico y bondadoso, Tchang I se resigna a su desgracia y vuelve a ser feliz. No habrá luz en sus ojos; pero su corazón siente, su corazón ve a Si Tchun, la esposa, más amante que nunca; a su hijo Wien Sieou, lleno de afección filial; a su secretario y a su amigo, dispuesto a servirle lealmente y con entusiasmo... Y dicta sus más hermosos poemas.

Mas he aquí un mago o curandero que aparece y le dice:

—Con tres gotas del agua que te traigo, puedes rasgar el velo que te oculta la vida.

Tchang I compra el agua milagrosa. Quizá la use, quizá no. Li-Kiang le aconseja que continúe

viviendo en su noche sublime, en el mundo interior del poeta, en que todas las imágenes son bellas, donde la fealdad y la tristeza no existen. Tchang I parece persuadido. Junto a él se desarrollan escenas familiares. Su mujer y su hijo le saludan, le acarician. Su amigo Tou-Fou comienza con él la partida de ajedrez cotidiana. Un mendigo, Tchao, implora la ayuda del poeta. Este hace que le entreguen un vestido de seda y una suma de diez taels. Li-Lao, ministro, llega de parte del Emperador con soberbios regalos: premio de Su Majestad a los poemas admirables que le ha dedicado Tchang I. La felicidad del poeta es absoluta.

De noche. El poeta duerme mal, se

agita, sueña... ¿Por qué no intentar la curación, el retorno al mundo de los colores y las formas? ¿Por qué renunciar al placer de la luz? La redoma con el agua prodigiosa está al alcance de su mano. ¡Tentación invencible! Tchang I desliza las tres gotas entre sus párpados. La curación es automática. ¡Oh milagro! Ve... Se levanta. Lo ve todo...

Ve a Tchao, el mendigo, robándole unos objetos preciosos. Wien Sieou, disfrazado con un vestido paternal, profana, entre saltos y reverencias grotescos, el trono de los antepasados. Los presentes que ha recibido del Emperador traen el nombre de Li-Kiang, que firmaba sus versos. Se aproxima a la alcoba de su mujer, y un murmullo amoroso lo detiene... Su desgracia es completa.

—¡Ah—exclama—, entre la realidad y nosotros es necesario un velo para ser feliz!

Un grito horrible desgarró la quietud de la noche. Tchang I se ha arrancado los ojos. Tiemblan la esposa adúltera, el hijo sacrílego, el amigo traidor, el secretario infiel. Y el poeta murmura:

—Ahora soy el más dichoso de todos los mortales. Experimento la tranquilidad de un dios...

* *

Literatura. La vida de Clemenceau desmiente la misantropía desesperada, el pesimismo absoluto de *El velo de la dicha*. Pocos hombres de nuestra época han sido más ágiles, más hábiles y constantes en la lucha contra la perfidia y la perversidad humanas que él. Pocos ojos se han mantenido más abiertos y escrutadores que los suyos ante la desgracia. Si el *Tigre* hubiese sido un Tchang I, habrían terminado la guerra—en Francia—los derrotistas de 1917.

Jorge Clemenceau utilizó una ráfaga de escepticismo juvenil para escribir su tenebroso—y substancioso—cuento. Ahora, mientras se desliza sobre la pantalla y él lo contempla con sus ojuelos vivaces, debe de pensar, acariciando sus bigotes de mandarín:

—Esto es una... sombra chinesca. En la realidad, yo le he sentado la mano—la garra—a las Si-Tchuns, a los Tou Fou, a los Li-Kiang... Y si no lo hubiese hecho, no estaría ahora en un cine de París escuchando, como en 1918, los aplausos de la multitud.

Y parece que Jorge Clemenceau, rejuvenecido por este «nuevo éxito», prepara una cinta de largo metraje: *El secreto de la victoria*.

ALBERTO INSÚA

(La Voz, Madrid).

COLOQUIOS DE NUESTRO TIEMPO

La política de mañana

AL caer de la tarde, en una avenida del Retiro. Dialogan, paseando, nuestros tres interlocutores: Fabio, Julio y Diego, vecinos de Madrid, ciudadanos de España, estudiosos del Mundo, hijos del Siglo. «Las palabras vuelan»... Pero vale la pena de pararse un instante observando ese libre volar de los vocablos y de las ideas, antes de que, acaso, se los lleve el viento...

Diego.—Se puso el sol. Esta es la hora triste. La hora en que, en los hogares, ya no se ve para proseguir el trabajo y todavía da pereza encender la lámpara. Así se hallan los pueblos en los períodos de transición. No me placen. Ni son día ni noche; ni sombra ni luz.

Fabio.—Por el contrario, amigo; esta es la hora del filósofo. Sólo en el crepúsculo—decía Hegel—empieza a volar el buho de Minerva. A mí me encanta esta hora incierta que los hebreos llaman «la hora entre *minha* y *marev*...» La hora entre la plegaria de la tarde y la oración de la noche. Es la hora del coloquio, de la meditación, del ensueño... Yo adoro también estos períodos constituyentes, estas etapas en que el camino de los pueblos da una súbita vuelta. Son, después de todo, los momentos propicios para que el observador reflexivo corrija sus impresiones, compruebe sus criterios, rejuvenezca su doctrina y ensanche sus horizontes espirituales.

* *

Diego.—Pero estos períodos de transición no pueden ser largos. Transitorio llamamos a lo que evoluciona de uno a otro estado, y, a la vez, a lo que fácil y brevemente pasa y se acaba. ¿Cómo volver después a la legalidad?

Julio.—¿Legalidad? Cuando surge un régimen nuevo, lo fenecido no suele ser nunca la legalidad, sino, por el contrario, una ilegalidad organizada. ¿A qué llamas tú la legalidad?

Diego.—Doy este nombre a aquel estatuto de derecho, sea el que fuere, que regula la vida colectiva, obligando juntamente a gobernados y gobernantes, al pueblo y a los propios legisladores.

Julio.—En este amplio sentido, ¿qué duda hay de que la legalidad renace siempre? Es una conquista varias veces milenaria, a la que no va a renunciar ahora Europa. Mas no olvides que, después de cada crisis nacional, la legalidad que resurge es ya otra legalidad diferente.

Diego.—Sólo hasta cierto punto. Todo cambio político o social destruye menos de lo que quiere destruir y parece haber destruido. ¿No mostró recientemente Sorel cómo hasta la misma Revolución de 1789 se encuadró dentro de las viejas estructuras de la sociedad francesa?

Julio.—Es cierto. Pero no lo es menos que también toda restauración, social o política, restaura menos de lo que pretende restaurar. Hay un pasado que ni volverá ni debe volver.

Diego.—Pero los problemas vivos de un país, ahí están. Habrá que buscarles soluciones; soluciones nunca perfectas y definitivas; siempre rectificables y mejorables, que ésta es la ley de la existencia; lo mismo en el campo de la economía o la Hacienda, que en el de la educación, las obras públicas, la defensa nacional, los servicios del Estado, el régimen de los protectorados o colonias. Al conjunto de estas soluciones, ¿cómo le llamaremos si no le llamamos una política? Luego habrá que volver a la política.

Julio.—A otra política.

Diego.—Pero que no podrá estar flotando, difusa, en los limbos de la indiferenciación. Tendrá que actuar orgánicamente. Y como, por fortuna, no todos pensaremos lo mismo—lo que, a la postre, equivaldría a no pensar nada—, actuará en encontradas corrientes — «Diversité, Sirena d'il mondo!...» —, o, lo que es lo mismo, en distintos partidos.

Julio.—Nuevos partidos.

Diego.—Y, al cabo, habremos de volver también a un órgano representativo, formado por elección del país, constituido en Cámara deliberante y legislativa, con independencia y publicidad. Es decir, que volveremos al Parlamento.

Julio.—Otro tipo de Parlamento.

Diego.—Pero, en fin, Parlamento, partidos, política... No vive en el siglo xx quien se halle encantado de la democracia parlamentaria. Tampoco vive en el siglo xx quien crea que se ha descubierto, hasta ahora, una cosa mejor.

Fabio.—Y esa cosa mejor, ¿no sería, simplemente, una mejor democracia parlamentaria?... Con temor y con gozo, a la par, reflexionaba yo sobre el tema de vuestra controversia. Muchos respiran en mi patria creyendo que ya están para siempre exentos de la política. A la larga, una política mala no se supera más que con una política buena. El vicioso e inepto

politiqueo no proviene del exceso, sino del defecto de verdadera política; de aquella política, más idealista y más realista a la vez, que interesa a muchedumbres ilustradas; que enlaza con los problemas efectivos de la producción y del consumo, del trabajo y del pensamiento; que requiere el concurso de industriales y universitarios, técnicos y obreros... En el fondo, también la política es una conquista milenaria. «La ciencia de regir a los hombres—dice Platón en *El político*—es acaso la más difícil y la más preciosa de cuantas puedan adquirirse...»

• •

Diego.—Mas yo, la verdad, ante lo que veo y lo que oigo, estoy indignado.

Fabio.—No basta indignarse. Hay que comprender.

Diego.—Observo en toda Europa una tendencia a los Gobiernos de fuerza, a la concentración de poderes, a las formas dictatoriales. Lloyd George la señala en el Este y en el Mediodía del Continente...

Julio.—Lloyd George, quien, según Le Bon, en el artículo que consagra a estudiar esta evolución política del mundo, ha gobernado dictatorialmente a la Gran Bretaña...

Diego.—Fué, en todo caso, durante la guerra. La guerra trae consigo situaciones de fuerza. Pero, a la larga, mirando al porvenir, cada vez tengo más fe en la razón y en el espíritu.

Fabio.—El espíritu es eterno. Sin duda. Es lo único eterno... Sin embargo, ¿estáis seguros de que los sacerdotes del espíritu, los antiguos partidarios de la libertad, no habían ido dejando en el mundo, que se extinguiera en los altares el fuego divino?

Julio.—Exacto, Fabio, exacto. Las escuelas liberales habían agotado su ideología. Los partidos liberales degeneraban en el verbalismo y la ineficacia, y la política a la antigua no podía

hacer frente más que con vaguedades a los tremendos problemas, apremiantes, inmediatos, amenazadores, que con la guerra europea se habían presentado en todos los pueblos. La vida no se detiene. Los pueblos han tenido que echar mano a cualquier recurso expedito para salvar el vacío de una política estéril. De ahí, la crisis del liberalismo en el mundo.

Diego.—No importa. Tú lo has dicho: la vida no se detiene. El progreso seguirá su camino. Se borrará poco a poco esa estela de la guerra última, ese remolino violento en que hoy han de moverse los Estados. Tengamos confianza en el porvenir. ¡Liberales, a defenderse!

Fabio.—Permitid que aventure otro llamamiento... ¡Liberales, a renovarse!...

Julio.—Así está menos mal. Hay que engendrar las futuras izquierdas.

Diego.—De acuerdo, si os place. Pero yo tengo que los intelectuales modernos, cuando con su crítica de la democracia y del parlamentarismo pretenden crear las izquierdas nuevas, no hagan en puridad otra cosa que refrescar el ideario de las viejas derechas.

Fabio.—¿Derechas? ¿Izquierdas?... ¿Por qué no intentamos la gran inno-

vación, amigos míos: la innovación del léxico?

—Diego.—Porque siempre que se dice que no hay derechas ni izquierdas, quedan sólo en pie las derechas.

Fabio.—Me parece que vamos ya repitiendo lo mismo. Todo coloquio tiene un término... Basta por hoy. Hablando, se nos hizo de noche. Sobre las oscuras siluetas de los árboles asoman las primeras estrellas. Tengamos, sí, confianza; pero una serena y generosa confianza. Pasará un liberalismo; otro liberalismo vendrá: mas la idea de libertad se irá haciendo cada vez más viva, más humana. Ahora mismo, caminando en la noche por este paseo solitario, sabemos que muy pronto volverá el día. Pero el día que vuelva no será ya el que hoy pasó, con sus caducos afanes y sus deshojadas esperanzas. Será un día nuevo, con su límpida luz creadora, siempre la misma y siempre diversa. Y cuanto más deprisa se transformen—dentro de vosotros mismos también, corazones de avanzadas—las antiguas formulas liberales, tanto más rápidamente veréis irradiar en el mundo la idea perenne de libertad.

LUIS DE ZULUETA

(La Libertad, Madrid).

Noticiario

(1923)

Del Rector de la Universidad de Columbia, N. Y., el Sr. Nicholas Murray Butler:

Building the American Nation. An essay of interpretation, N. Y. 1923.

Nos remite esta obra, que nos place y que agradecemos, la Division of Intercourse and Education of the Carnegie Endowment for International Peace.

Contenido:

- 1.—Forerunners of the Nation: Samuel Adams and Benjamin Franklin.
- 2.—Father of his country: George Washington.
- 3.—Master Builders of the Nation: Alexander Hamilton and James Madison.
- 4.—Spokesman of the Democratic Spirit: Thomas Jefferson.
- 5.—Welders of the Nation in Law and in Public Opinion: John Marshall, Daniel Webster and Andrew Jackson.
- 6.—Defender and Preserver of the Nation's Unity and Power: Abraham Lincoln.
- 7.—Fifty years of Growth and Change.

Arturo Lagorio, buen escritor uruguayo, acaba de publicar un libro interesante:

El traje maravilloso y otros cuentos. Buenos Aires, 1923.

Está dedicado a Chalito, hijo del autor. Las bellas ilustraciones del texto son de López Noguil.

Los cuentos tienen moralejas y son muy literarios. Por esto, no creemos que sean del agrado de los niños. Nos placería equivocarnos, debido a la simpatía y estimación que tenemos por las sanas intenciones y el esfuerzo del autor.

Un canje que nos llega: *Vita Nuova*. Revista di Scienze, Arti, Lettere ed Industrie per le Colonie italiana dell' America Latina.

Se edita en Lima y han salido ya dos números. Canje estimable.

Si pesca un dolor de cabeza
tome Obleas Cefálicas

Tienen
cafeína



1) Página lírica

de Gabriela Mistral

DOLOR

A su sombra.

EL ENCUENTRO

Le he encontrado en el sendero.
No turbó su ensueño el agua
ni se abrieron más las rosas;
pero abrió el asombro mi alma.
¡Y una pobre mujer tiene
su cara llena de lágrimas!

Llevaba un canto ligero
en la boca descuidada,
y al mirarme se le ha vuelto
hondo el canto que entonaba.
Miré la senda, la hallé
extraña y como soñada.

¡Y en el alba de diamante
tuve mi cara con lágrimas!

Siguió su marcha cantando
y se llevó mis miradas...

Detrás de él no fueron más
azules y altas las salvas.

¡No importa! Quedó en el aire
estremecida mi alma.

¡Y aunque ninguno me ha herido
tengo la cara con lágrimas!

Esta noche no ha velado
como yo junto a la lámpara;
como él ignora, no punza
su pecho de nardo mi ansia;
pero tal vez por su sueño
pase un olor de retamas,
¡porque una pobre mujer
tiene su cara con lágrimas!

Iba sola y no temía;
con hambre y sed no lloraba;
desde que lo vi cruzar,
mi Dios me vistió de llagas.
Mi madre en su lecho reza
por mí su oración confiada.
¡Pero yo tal vez por siempre
tendré mi cara con lágrimas!

AMO AMOR

Anda libre en el surco, bate el ala en el
late vivo en el sol y se prende al pinar.
No te vale olvidarlo como al mal

[pensamiento:
¡le tendrás que escuchar!

Habla lengua de bronce y habla lengua de
ruegos tímidos, imperativos de mar.
No te vale ponerle gesto audaz, ceño grave:
¡lo tendrás que hospedar!

Gasta trazas de dueño; no le ablandan
[excusas.

Rasga vasos de flor, hiende el hondo glaciar.
No te vale el decirle que albergarlo rehusas:
¡lo tendrás que hospedar!

Tiene argucias sutiles en la réplica fina,
argumentos de sabios, pero en voz de mujer.
Ciencia humana te salva, menos ciencia

[divina:

¡le tendrás que creer!

Te echa venda de lino; tú la venda toleras.
Te ofrece el brazo cálido, no le sabes huir.
Echa a andar, tú le sigues hechizada aunque

[vieras

¡que eso pára en morir!

EL AMOR QUE CALLA

Si yo te odiara, mi odio te daría
en las palabras, rotundo y seguro;
pero te amo y mi amor no se confía
a este hablar de los hombres, tan oscuro!

Tú lo quisieras vuelto un alarido,
y viene de tan hondo que ha deshecho
su quemante raudal, desfallecido,
antes de la garganta, antes del pecho.

Estoy lo mismo que estanque colmado
y te parezco un surtidor inerte.
¡Todo por mi callar atribulado
que es más atroz que el entrar en la muerte!

EXTASIS

Ahora, Cristo, bájame los párpados,
pon en la boca escarcha,
que están de sobra ya todas las horas
y fueron dichas todas las palabras.

Me miró, nos miramos en silencio
mucho tiempo, clavadas,
como en la muerte, las pupilas. Todo
el estupor que blanquea las caras
en la agonía, albeaba nuestros rostros.
¡Tras de ese instante, ya no resta nada!

Me habló convulsamente;
le hablé, rotas, cortadas
de plenitud, tribulación y angustia,
las confusas palabras.
Le hablé de su destino y mi destino,
amasijo fatal de sangre y lágrimas.

Después de esto ¡lo sé! no queda nada!
¡Nada! Ningún perfume que no sea
diluído al rodar sobre mi cara.

Mi oído está cerrado,
mi boca está sellada.
¡Qué va a tener razón de ser ahora
para mis ojos en la tierra pálida!
¡Ni las rosas sangrientas
ni las nieves calladas!

Por eso es que te pido,
Cristo, al que no clamé de hambre
[angustiada:

ahora, pára mis pulsos,
y mis párpados baja!

Defiéndeme del viento
la carne en que rodaron sus palabras;
líbrame de la luz brutal del día
que ya viene, esta imagen.
Recíbeme, voy plena,
¡tan plena voy como tierra inundada!

INTIMA

Tú no oprimas mis manos.
Llegará el duradero
tiempo de reposar con mucho polvo
y sombra en los entretejidos dedos.

Y dirías:—«No puedo
amarla, porque ya se desgranaron
como mieses sus dedos».

Tú no beses mi boca.
Vendrá el instante lleno
de luz menguada, en que estaré sin labios
sobre un mojado suelo.

Y dirías:—«La amé, pero no puedo
amarla más, ahora que no aspira
el olor de retamas de mi beso».

Y me angustiara oyéndote,
y hablaras loco y ciego,
que mi mano será sobre tu frente
cuando rompan mis dedos,
y bajará sobre tu cara llena
de ansia mi aliento.

No me toques, por tanto. Mentiría
al decir que te entrego
mi amor en estos brazos extendidos,
en mi boca, en mi cuello,
y tú, al creer que lo bebiste todo,
te engañarías como un niño ciego.

Porque mi amor no es sólo esta gavilla
reacia y fatigada de mi cuerpo,
que tiembla entera al roce del cilicio
y que se me rezaga en todo vuelo.

Es lo que está en el beso, y no es el labio;
lo que rompe la voz, y no es el pecho:
¡es un viento de Dios, que pasa hendiéndome
el gajo de las carnes, volandero!

DIOS LO QUIERE

I

La tierra se hace madrastra
si tu alma vende a mi alma.
Llevan un escalofrío
de tribulación las aguas.
El mundo fué más hermoso
desde que yo te fuí aliada,
cuando junto de un espino
nos quedamos sin palabras,
¡y el amor como el espino
nos traspasó de fragancia!

Pero te va a protar víboras
la tierra si vendes mi alma;
baldías del hijo, rompo
mis rodillas desoladas.
Se apaga Cristo en mi pecho
¡y la puerta de mi casa

quiebra la mano al mendigo
y avienta a la atribulada!

II

Beso que tu boca entregue
a mis oídos alcanza,
porque las grutas profundas
me devuelven tus palabras.
El polvo de los senderos
guarda el olor de tus plantas
y oteándolas como un siervo,
te sigo por las montañas...

A la que tú ames, las nubes
la pintan sobre mi casa.
Vé cual ladrón a besarla
de la tierra en las entrañas;
mas, cuando el rostro le alces,
hallas mi cara con lágrimas.

III

Dios no quiere que tú tengas
sol si conmigo no marchas;
Dios no quiere que tú bebas
si yo no tiemblo en tu agua,
no consiente que tú duermas
sino en mi trenza ahuecada.

IV

Si te vas, hasta en los musgos
del camino rompes mi alma;
te pierden la sed y el hambre
en todo monte o llanada
y en cualquier país las tardes
con sangre serán mis llagas.
Y destilo de tu lengua
aunque a otra mujer llamas,
y me clavo como un deajo
de salmuera en tu garganta;
y odies, o cantes, o ansíes,
¡por mí solamente clamas!

V

Si te vas y mueres lejos,
tendrás la mano ahuecada
diez años bajo la tierra
para recibir mis lágrimas,
sintiendo cómo te tiemblan
las carnes atribuladas,
¡hasta que te espolvoreen
mis huesos sobre la cara!

DESVELADA

Como soy reina y fui mendiga, ahora
vivo en puro temblor de que me dejes,
y te pregunto, pálida, a cada hora:
«¿Estás conmigo aún? ¡Ay! no te alejes!»

Quisiera hacer las marchas sonriendo
y confiando ahora que has venido;
pero hasta en el dormir estoy temiendo
y pregunto entre sueños:—«¿No te has ido?»

VERGÜENZA

Si tú me miras, yo me vuelvo hermosa
como la hierba a que bajó el rocío,
y desconocerán mi faz gloriosa
las altas cañas cuando baje al río.

Tengo vergüenza de mi boca triste,
de mi voz rota y mis rodillas rudas;
ahora que me miraste y que viniste,
me encontré pobre y me palpé desnuda.

Ninguna piedra en el camino hallaste
más desnuda de luz en la alborada
que esta mujer a la que levantaste,
porque oíste su canto, la mirada.

Yo callaré para que no conozcan
mi dicha los que pasan por el llano,
en el fulgor que da a mi frente tosca
y en la tremolación que hay en mi mano...

Es noche y baja a la hierba el rocío;
mírame largo y habla con ternura,
¡que ya mañana al descender al río
la que besaste llevará hermosura!

BALADA

El pasó con otra;
yo le vi pasar.
Siempre dulce el viento
y el camino en paz.
¡Y estos ojos míseros
le vieron pasar!

El va amando a otra
por la tierra en flor.
Ha abierto el espino;
pasa una canción.
¡Y él va amando a otra
por la tierra en flor!

El besó a la otra
a orillas del mar;
resbaló en las olas
la luna de azahar.
¡Y no untó mi sangre
la extensión del mar!

El irá con otra
por la eternidad.
Habrá cielos dulces.
(Dios quiere callar)
¡Y él irá con otra
por la eternidad!

TRIBULACION

En esta hora, amarga como un sorbo de
[mares,

Tú sosténme, Señor.
¡Todo se me ha llenado de sombras el
[camino

y el grito de pavor!
Amor iba en el viento como abeja de fuego,
y en las aguas ardía.
Me socarró la boca, me acibaró la trova,
y me aventó los días.

Tú viste que dormía al margen del sendero,
la frente de paz llena;

No es el "Repertorio Americano" revista de círculo; es tribuna abierta a los cuatro vientos del espíritu. Por lo tanto, los que en ella quieren colaborar opinan con suma libertad. Sin que eso implique que su editor haga propias todas las opiniones ajenas o se haga responsable de las mismas.

Tú viste que vinieron a tocar los cristales
de mi fuente serena.
Sabes cómo la triste temía abrir el párpado
a la visión terrible;
¡y sabes de qué modo maravilloso hacía
el prodigio indecible!

Ahora que llego, huérfana, tu zona por
[señales
confusas rastreando,
Tú no esquives el rostro, Tú no apagues la
[lámpara,
¡Tú no sigas callando!

Tú no cierres la tienda, que crece la fatiga
y aumenta la amargura;
y es invierno, y hay nieve, y la noche se
[puebla
de muecas de locura.

¡Mira! De cuantos ojos veía abiertos sobre
mis sendas tempraneras,
sólo los tuyos quedan. Pero ¡ay! se van
[llenando
de un cuajo de neveras...

NOCTURNO

Padre Nuestro que estás en los cielos,
¡por qué te has olvidado de mí!
Te acordaste del fruto en Febrero,
al llagarse su pulpa rubí.
¡Llevo abierto también mi costado,
y no quieres mirar hacia mí!

Te acordaste del negro racimo,
y lo diste al lagar carmesí;
y aventaste las hojas del álamo,
con tu aliento, en el aire sutil.
¡Y en el ancho lagar de la muerte
aún no quieres mi pecho oprimir!

Caminando vi abrir las violetas;
el falerno del viento bebí,
y he bajado, amarillos, mis párpados,
por no ver más Enero ni Abril.
Y he apretado la boca, anegada
de la estrofa que no he de exprimir.
¡Has herido la nube de Otoño
y no quieres volverte hacia mí!

Me vendió el que besó mi mejilla;
me negó por la túnica ruin.
Yo en mis versos el rostro con sangre,
como Tú sobre el paño, le di,
y en mi noche del Huerto, me han sido
Juan cobarde y el Ángel hostil.

Ha venido el cansancio infinito
a clavarse en mis ojos, al fin:
el cansancio del día que muere
y el del alba que debe venir;
¡el cansancio del cielo de estaño
y el cansancio del cielo de añil!

Ahora suelto la mártir sandalia
y las trenzas pidiendo dormir.
Y perdida en la noche, levanto
el clamor aprendido de Ti:
¡Padre Nuestro que estás en los cielos,
por qué te has olvidado de mí!

(Del tomo *Desolación*. Editorial Nascimento, Santiago de Chile, 1923).

Moral de la Codicia y la Farsa

I

TRES son para Epicuro los bienes de la vida: «lo que se es, lo que se tiene y lo que se representa». Examinemos a los hombres de hoy con el criterio del moralista griego. Hagamos desfilar sobre los asfodelos del jardín filosófico el enjambre de abigarradas sombras contemporáneas. Quizás obtendremos enseñanzas sutiles de mucho provecho, que guardaremos, sin olvidarlas ya, para esparcimiento y salud del alma.

La humanidad contemporánea estima, sobre todo linaje de bienes, la riqueza. Hoy es más deseado «lo que se tiene», como dice Epicuro, que el amor, la belleza o el talento. ¿Será necio poner la fortuna sobre los demás valores de la vida?... Truécase el oro instantánea, mágicamente, en el bien apetecido. Es un «satisfactor proteico».

Lo estúpido está, no en estimar cosa tan deseable; sino en pensar que puede substituir a lo que por su medio se adquiere. Esto es, el deseo individual de poseer oro se justifica por su universalidad entre las gentes; mas lo absurdo estriba en pensar que la riqueza en sí es *mejor* que el talento, la belleza o la salud.

Hoy los hombres estiman, no obstante, sobre lo que se es lo que se tiene. Olvídense de la fortaleza, el entendimiento y la hermosura por rendir parias a los doblones codiciados. El oro será siempre—, o a sí misma se niega la humanidad—, un medio no más de lograr la dicha. La salud, la virtud—, sin gazmoñería, como dice Nietzsche—, y el talento, son la dicha misma.

Como se sitúa el procedimiento para ser feliz, el medio, la técnica, un grado más alto que los fines de la voluntad, el propósito de enriquecerse eríge en ley universal de la vida. Por ello, cabalmente, nuestra civilización parece algo precario y contradictorio. Durará poco. Unos cuantos siglos apenas. Se destruirá a sí misma la cultura claudicante que hizo de la máquina un infalible recurso de universal desdicha y ramplonería. Codicia y avaricia son sus dos pecados mortales; las dos caras del Jano Cartaginés dorado a sangre y fuego con la maldad y la obcecación de todos.

Los proletarios, desposeídos, codician; esto es, apetecen desordenadamente, sobre todos los bienes, *el tener*. Los poderosos también codician. Como tienen, quieren más. Todos quieren más. Los pobres, porque tienen poco, que casi es nada, y los ricos porque tienen mucho que casi es todo.

Infimos y supremos; individuos, pueblos y razas, quieren más. La voluntad de tener es el satanismo contemporáneo. La humanidad entera quiere más. Este es su solo imperativo categórico; su única ambición; su realidad y su ideal, su medio y su fin. Parece nuestra estirpe un monstruoso Leviatán que con una de sus manos arrebatara sin cesar a la otra lo que guarda; pero antes le hincan las uñas y sangra o hace sangrar.

De aquí que el *problema social*, como por antonomasia se le llama, sea sobre todo una cuestión de moralidad epicúrea, de filosófico contentamiento, de frugalidad, si así conviene declararlo, de *buena voluntad*, para decirlo todo de una vez.

La codicia moderna ha invertido la Tabla de Valores de la vida. Pretende mantener, como dice un sociólogo, en peligroso equilibrio inestable, la pirámide social por la punta. Sólo la vorágine colectiva sostiene al sólido hipotético en su milagrosa posición estrafalaria. Sólo la tensión espiritual de los avaros y los codiciosos, en sempiterna pugna, puede, como el movimiento que comunica la cuerda al trompo, alimentar la contradictoria vida nuestra en su crisis inveterada.

¿Volverá alguna vez, el hombre, como la razón lo impone, a estimar el fin sobre los medios y el goce de los bienes intrínsecos, corporales y espirituales, sobre los extrínsecos? ¿Se sabrá en algún tiempo que no todo lo otorga la riqueza y que su posesión tan deseada concuerda a veces con la mayor miseria íntima? Acaso llegue a saberse; pero desde luego compruébese que la búsqueda constante del oro por esta humanidad gambusina del siglo vigésimo, la enerva y precipita hacia cierta catástrofe inevitable, que se anunció con la Guerra de las Naciones y cuyo término se barrunta en el malestar económico que nos sofoca y envilece a todos.

II

Otro absurdo mayor anotará el costumbrista contemporáneo; el *metafísico de las costumbres*, como diría Kant. Hay quienes prefieren a la riqueza—que al cabo es un bien apetecible e incuestionable,—la honra, la gloria, la reputación en el ánimo de las gentes, o, para decirlo en francés con un solo vocablo: quieren *paraître*.

Hoy se educa para *paraître*; se piensa para *paraître*; se es filántropo o misántropo, poeta, embajador o apóstol *pour paraître*; se nace o muere...., *pour paraître*.... Tan miserablemente sociales hemos llegado a ser que nos hemos escapado de nosotros mismos y, en esta fuga vergonzosa de la propia conciencia, trocamos nuestra personal sustancia por la existencia representativa que nos depara el prójimo, siempre perverso para comentar nuestra desventura y procaz de ordinario si quilata nuestra fama.

III

Concluyamos. Nuestra civilización es algo tan deplorablemente recíproco, exterior y común, que casi resulta imposible volver a uno mismo para hallar en lo personal y directo el bien supremo. A pesar de todo, a uno mismo hay que volver. Sólo *directamente* es posible la dicha, como cantó Horacio, el noble poeta epicúreo, y repitió Fray Luis:

«Vivir quiero conmigo,
gozar quiero del bien que debo al cielo
a solas, sin testigo,
libre de amor, de celo,
de odio, de esperanzas, de recelo».

Por mi parte declaro que deliberadamente reniego del fragmento de felicidad colectiva que me reservare mi fortuna, si no más ha de ser el lote miserable que representa la parte alícuota del bien deseado e impuesto a todos por los codiciosos y los farsantes juntos.

ANTONIO CASO

(Revista de Revistas, México, D. F.)

Dietario en Zig-Zag

Gabriela Mistral

MUJER: no mujer hecha canto ni mujer que canta. Mujer que se abre, que se da, balbuceando con palabra de ilusión su sexo, su secreto, su alma.

¿Cómo decirte, Gabriela Mistral? ¿Cómo decir tu libro que eres tú; tu verso, que eres tú; tu poesía que muere cuando tú faltas?

Hasta al encontrarte, serías agua arremansada en un interno cuenco de peña. La foradaste con tu dolor y el vertido caudal alimentó el ancho regato de tu poesía: sangre, deseos, sollozos, carne. Caía el agua de dentro, preñada de oscuridad y sintiendo el puñal de la luz. Cada chorro una palabra, palabra mezclada: expresión justa y balbuceo; claridad y sombra;

ceguera rota y quebramiento del caer. Ya el interno cuenco vacío del agua—, vellones del nevero, zumo agrio de la tierra—, la luz medrosa de fuera, al penetrar, alumbraba una entraña.

Una entraña de Mujer, desnuda y vertida. Desnuda y vertida en un libro que sabe a secreto deshecho y a maternidad; que huele a desgarró y a casta posesión feroz. Un libro fuerte como ninguno; libro de Mujer gritado por los caminos, hundido en el viento, tirado contra los ramajes.

Libro de Mujer, nada más que de Mujer; de Mujer total, revelada, sangrienta, estrujada. No pasó su agua por cauce bordeado de juncios y tomilleros, pasó dejando en la tierra una larga socarradura como la del suplicante verso enorme que llevas hace veinte años hundido en la carne y alimentado, como un hijo, con cuajo de tu sangre.

Libro de Mujer, nada más que de Mujer. Libro de vida, dado a la avidez de todos los ojos violadores; libro cruento y cruel. Gabriela Mistral, ¿no has sentido por tu cuello las miradas, fatigadas de preguntas? ¿No has sentido posarse en la desnudez ofrecida las largas patas velludas del comentario?

Libro único, libro de Mujer. Parto. Te has vuelto a dar completa. Tu libro turba como el amarillo perfume de la retama que pasó por el sueño del amado.

Estirada, indefensa, vives en el dolor que nos has dicho y que eres tú misma hecha dolor. Todos los que pasen sabrán tu carne martirizada; tu sollozo abierto; tu clamor ancho. Y ni las ligeras patas de los novilunios podrán atenuar tus acusadas formas de Mujer; ni el galope vibrador de los huracanes barrerá el baho húmedo y encharcado de tus cantos!

¿Qué hiciste, Gabriela Mistral?

De *Le Livre des Tendresses* de Marceline Desbordes-Valmore se borraron casi todos los versos para quedar *Les Roses de Saadi*. De *Desolación* se borrarán casi la totalidad de las composiciones aplegadas en *Vida* para que quede humeante, turbadora y carnal—, única—, la poesía inexplicable de *Dolor*.

Crepúsculo.—Londres

UNA mesa del Saboy. El Támesis cerca. Una desconocida de ojos verdes. Niebla!

Mozo, un licor: una copa llena de ensueño verde como los ojos verdes de la desconocida.

Crepúsculo fantástico. Oscuridad parduzca y sol cobrizo. Luz de faroles, a veces prematura, a veces inútil; lágrimas en la niebla de un color de plata espectral.

Oh los ojos verdes; verdes como el licor pedido entre la niebla londinense!

Crepúsculo. Fulgores cárdenos y anaranjados. Girones de bruma, que lloran humedades. Barro en las calles y, por no sé que espejismo, muchas luces de farol que parecen los minutos tísicos de la hora ahogadamente gris que pasa.

Oh los ojos verdes de la desconocida!

Un grito. Niebla. Crepúsculo londinense hecho de mucha sombra y escasa luz. Niebla ahora; niebla lúgubre, apretujada, espesa...

¿Qué bebimos?

Nuestra boca sabe fuertemente a verde, a verde ácido... Y la desconocida huyó.

Bebimos sus ojos; sus ojos hechos del licor deseado en el crepúsculo de la ciudad monstruosa.

Por las calles de Londres, la desconocida debe avanzar con las cuencas vacías....

Dos goteras de niebla le irán cayendo al alma.

Nota

MAR adentro, los pescadores extendieron su larga red. El sol brilla sobre las aguas.

Recogieron su red después y, entre las mayas, vieron aprisionado el sol. ¡Qué gran tristeza!

¡Ni un pez! ¿De qué les serviría el prisionero sol a los pescadores?

El sol, burlón, se escapaba de la red en cada una de las gotas de agua.

Esperemos el momento

LA profusa poesía femenina actual va a dar a la inmortalidad—un día u otro—un nombre: el del dulce tormento de alguna de las muchas poetisas que hoy cantan sus angustias de amor y la fatalidad de haber encontrado un amante ingrato.

Y un nombre de hombre entrará en la zona de luz de las amadas eternas:

Laura, Beatriz, Fiammetta, Leonora, Eloísa, Virginia, María Isabel, etc. etc. etc.

Será un nombre fuerte, duro, por que creemos que así como el hombre busca la dulzura femenina en el nombre de la amada, la mujer debe buscar la masculinidad ruda en el nombre del preferido.

Rodolfo? Eparquio? Roberto? Melquiades? Sesostris, con un Gutiérrez adicional que algún erudito descubrirá después de rebuscas pacientes?

Esperemos!

Y espera tú, el misterioso elegido que has de entrar en el alcázar radioso de la pasión eternizada; tú el que has de sentir la vaga vergüenza de tu destino.

Vergüenza al principio,—dulce predestinado—vergüenza de tu soledad entre tanta mujer de amor. Pero no será por mucho tiempo, porque, dada la prodigalidad de poetisas y lo mucho que las hacen padecer sus adorados tormentos, es de creerse que pronto el Olimpo de las amadas inmortales se llene de machos.

¿Aún Salomé?

Es hora de que la Salomé de los perversistas, que tuvo su más alta expresión en Oscar Wilde, en Beardsley, en Max Klinger y en Gustavo Moreau, vuelva a entrar a la normalidad.

Según los Evangelios fué Herodías la que deseó la cabeza del Profeta. Su hija Salomé fué un instrumento.

En el cuadro de Sandro Botticelli le vemos el gesto preciso: el gesto de traspasar a unas manos invisibles el azafate de oro, peana de la cabeza cortada.

Un sentir de escuela, adulteró a Salomé. Poeta hubo—Eugenio de Castro—que se sirvió de su cuerpo únicamente para ornarlo de piedras raras. El

Quien habla de la

CERVECERIA TRAUBE

se refiere a una empresa en su género, singular en C. R.

Su larga experiencia la coloca al nivel de las fábricas análogas más adelantadas del mundo.

Posee una planta completa: más de cuatro manzanas ocupa, en las que caben todas sus dependencias:

CERVECERÍA, REFRESQUERÍA, OFICINAS, PLANTA ELÉCTRICA, TALLER MECÁNICO, ESTABLO.

Ha invertido una suma enorme en ENVASES, QUE PRESTA ABSOLUTAMENTE GRATIS A SUS CLIENTES.

FABRICA

CERVEZAS
Estrella, Lager, Selecta, Doble, Pilsener y Sencilla.

REFRESCOS
Kola, Zarza, Limonada, Naranjada, Gin-

ger-Ale, Crema, Granadina, Kola, Chan, Fresa, Durazno y Pera.

SIROPE
Goma, Limón, Naranja, Durazno, Menta, Frambuesa, etc.

Prepara también agua gaseosa de superiores condiciones digestivas. Tiene como especialidad para fiestas sociales la KOLA DOBLE EFERVESCENTE y como reconstituyente, la MALTA.

SAN JOSE

COSTA RICA

decadentismo refinado nos trajo a la Virgen que nació junto al Mar Muerto en la atmósfera impregnada todavía de los rojos febricitantes de la Pentápolis. Y el fausto sulfuroso del Oriente le dió cantos de la Sulamita y metáforas del Apocalipsis; la hizo hermana de Salambó y de Sheherazada.

No ha habido danzarina —más o menos rusa— que no se haya atrevido a desnudarse de los siete velos. No ha habido poeta —más o menos poeta— que no haya saludado a la danzarina con una traducción de fragmentos de la Salomé del autor inglés.

Hoy nosotros veríamos a Salomé núbil, bella, inconsciente... y no desnuda. La veríamos en el acto de desnudarse, con un ligero sarcasmo para el viejo que iba a embriagarse de su juventud. Le dejaríamos, para poetizarla, un fondo constelado; lejanas gotas de luz sobre el agua maldita del Mar Muerto: Algol, la de la larga titilación que denuncia a su lado un mundo oscuro; Perseo, la del brillar con brillos de brillante...

Episódica, Salomé, no sería figura central de nuestro arte. En los cuadros de los pintores del Renacimiento —en Andrea del Sarto la encontramos profusamente— sirvió de contraste al Bautista. Pesada, burguesa, llena de época, chocaba con las esbelteces paganas de San Juan. —Oh bellos Santos Juanes del Guarcino y del Sanzio! La fe llenaba de belleza al Bautista y desconocía la total maldad de Salomé. En nosotros la hijastra del Tetrarca sería la hembra tierna y codiciosa, bella de carne y falta de cerebro; fruto rojo en la rama de un árbol que asoma a una calle.

Dejaríamos el papel de ménade a Herodíades, la pesada mujer del cuadro de Bocklin, otoñal ya, ya no tentadora. Y no la cantaríamos, porque va llena de fealdad. Y no le daríamos para cantarla otro cuerpo, como lo hicieron los perversistas —jugo de mandrágoras en copa de alabastro— porque para nuestro arte —*beauty is truth: truth is beauty*— dijo John Keats —no nos precisa crear un tipo determinado.

Cementerio aldeano

—¿No entierran a nadie en este cementerio?— le preguntamos a un labriego.

Y el labriego, removiendo la tierra fresca con el pie, nos contesta—Hace ocho días que enterraron al dueño de aquella casita que humea entre los pinos lejanos.

El cementerio tiene una gran soledad.

El cementerio tiene una yerba frondosa.

El cementerio tiene una sola Cruz... una Cruz alta de piedra.

—¿Por qué una Cruz sola?— le preguntamos al labriego.

Y el labriego nos contesta —Porque una sola basta.

Comprendemos. Es tan pequeño el cementerio que la sombra que hace caer de la Cruz el sol, mientras pasa, llega a cobijar, aunque sea por un momento, a todos los que en el cementerio descansan.

Unas palabras de Lenin

Palabras que nos ha dicho el primero de una Dinastía sin nombre, Dictador de todas las Rusias, para justificar su crueldad y sus represiones.

«Las críticas a la guerra civil y al terror ruso, forman la hipocresía más monstruosa que ha registrado la historia.

«No habría guerra civil posible si las camarillas de los *explotadores* que han llevado a la Humanidad hasta los abismos de la ruina se hubiesen abstenido de impedir el progreso de las masas trabajadoras.

«La guerra civil fué impuesta a la clase obrera por sus inmortales enemigos».

Palabras que seguramente decía el último de los Romanoff, Zar de todas las Rusias, para justificar sus violentas represiones también y también su crueldad.

«Las críticas a la guerra civil y al terror ruso forman la hipocresía más monstruosa que haya registrado la historia.

«No habría guerra civil posible si las camarillas de los que quieren ascender a *explotadores*, para llevar a la Humanidad a los abismos de la ruina, se abstuvieran de impedir la marcha de las clases organizadas.

«La guerra civil es impuesta a los

Libros y folletos de ocasión a precios módicos, y al contado

Tenemos encargo de vender los siguientes:

Homero: <i>Iliada</i> (2 tomos, pasta).....	\$ 6.00
J. Muñoz Escámez: <i>H. Berlioz: Su vida y sus obras</i>	2.00
Rodolfo Rocker: <i>Artistas y rebeldes</i> (Poe, Tolstoy, Wilde, Kropotkine, etc.)	4.00
Tolstoi: <i>Los Evangelios</i> (1 tom. pasta)	3.00
Dante: <i>La Divina Comedia</i> (1 tomo pasta)	3.00
Plutarco: <i>Vidas Paralelas</i> (2 tom. pasta)	6.00
Platón: <i>Diálogos</i> (3 tomos pasta).....	9.00
Emerson: <i>El poeta</i>	0.25
Arturo Borja: <i>La flauta de ónix</i>	2.00
R. Rolland: <i>Nicolai y el pensamiento social contemporáneo</i>	1.25
Luis Carlos López: <i>Por el atajo</i>	5.00
B. Contreras: <i>Antología de poetas italianos</i>	0.75

dirigentes por sus mortales enemigos, los que buscan ascender a costa de las masas obreras».

Y entre unas palabras y las otras, la Humanidad, igual siempre—, explotadora, explotada—, sigue, pasa.

¿Por qué? ¿Por qué?

HAY cosas que se sienten y no pueden explicarse.

Ibamos a narraros la epopeya de Tristán y de Isolda en este día en que vos lucís una rama de nardo sobre el pecho y en que no se sabe si vivimos un día de primavera o un día de estío: No hemos podido narrarla.

El libro de Thomas, largamente seco, que cuenta la historia, largamente humana, de los amantes de Cornualles, ha caído de nuestras manos.

¿Debemos culparos a vos? ¿Al día? ¿A que estamos en el mar y se necesita apoyarse en una roca para narrar el romance de los amores de Tristán, el guerrero infeliz, y de Isolda, la amante infortunada?

De puerto a puerto

En los puertos tropicales de habla inglesa, las lanchas que salen a la busca del pasajero y que fornidos negros tripulan, llevan nombres que tienen quebrar de cristal y perfume claro: *Mable, Lady Bird, White Rose, Ocean Star, Viola*.

En los puertos tropicales de habla francesa, las lanchas que salen a la busca del pasajero y que fornidos negros tripulan, llevan nombres que mezclan estridencias de redoblante con sutiles sedas de abrazo: *Typhon d'Amour, Vie Paisible, Soleil Sur la Mer, Mon Peuple, La Superbe*.

En los puertos tropicales de habla española, las lanchas que salen a la busca del pasajero y que fornidos negros tripulan, llevan nombres que son a la vez discurso y caricia, espejuelo y cadencia: *Unión Florida, Fraternidad, La Revancha, Marco Tulio, Coro de Ninfas, La Veloz*.

Sobre las almas simples de los negros barqueros internacionales, las palabras poético-musicales, deben prismatizarse y brillar como sobre las almas de los pobladores primitivos de América, brillaron los espejos y los simlores de Colón y de los Hombres de la Conquista.

Bien lo sabe Vargas Vila que escribe en prosa que se puede cortar por cualquier parte y ponerla de rótulo a cualquier barca de cualquier barquero de puerto tropical.

RAMÓN VINYES

(La Nación, Barranquilla).